

CENITT

sociología
ciencia - literatura



Plácido Bravo: Hoja por hoja.

Puyol: Filosofía y letras.

Angel Samblancat: Camote en el Boulevard.

Idefonso: El que estaba en todas partes.

G. C. D. Dampier-Whetham: La ciencia.

Fontaura: Simone Weil y el hombre máquina.

Luis Louvet: Carlos Caffiero.

Eugen Relgis: Marcelina Desbordes-Valmore.

Miguel Utrillo: Miguel Utrillo y Morlius, visto por su hijo.

Han Ryner: De mi individualismo.

Dr. J. Alvarez Sierra: Riquezas humanas.

J. Ferrer: Noviazgo entre Dios y la Anarquía.

Campio Carpio: En nuestra tierra de utopía.

Denis: El Diputado.

Angel Carmona: En defensa de la alegría.

V. Muñoz: Eliseo y Elias Reclús.

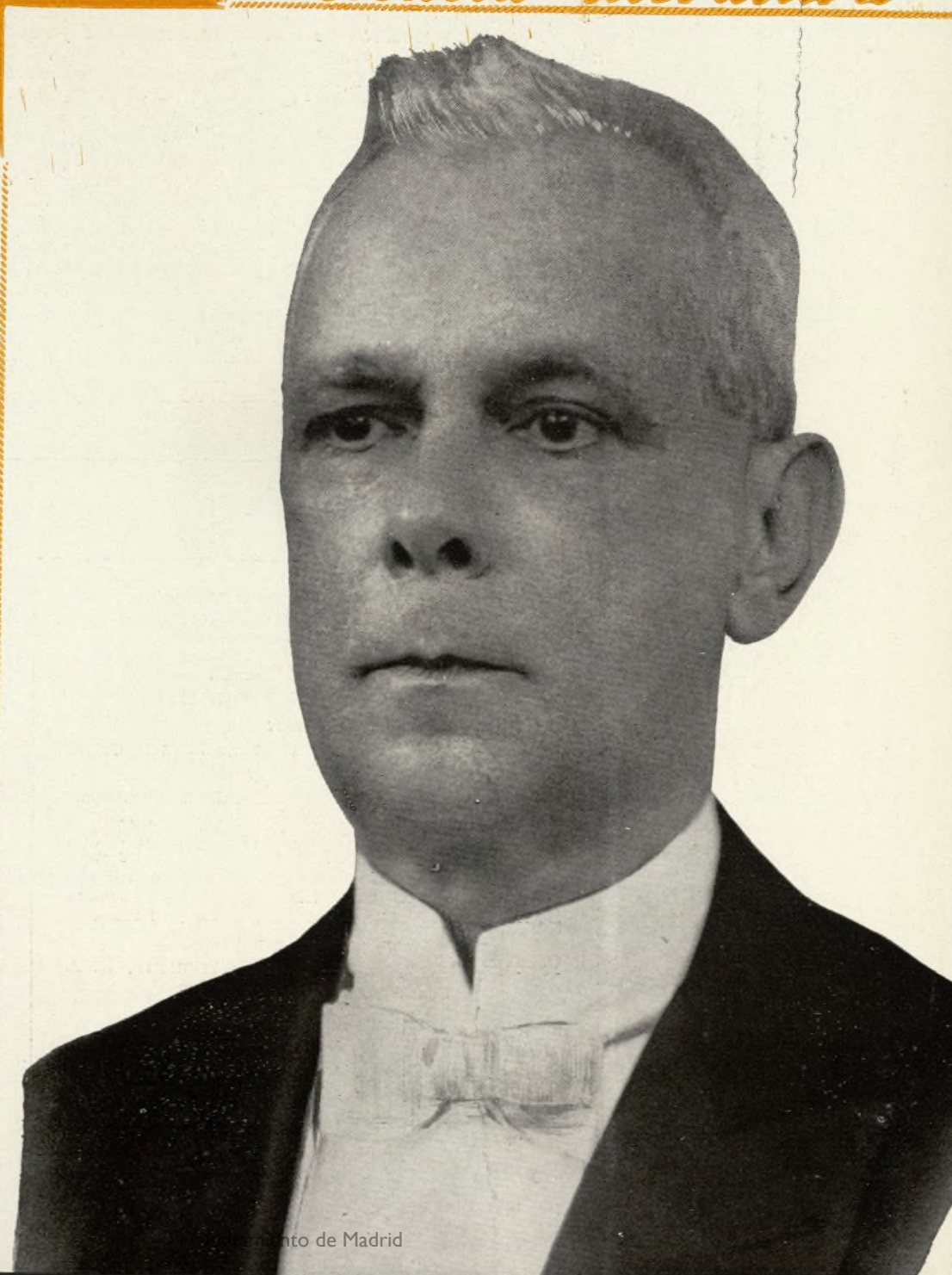
Victor García: El pensamiento anarquista (folle-tón).

139

JULIO - 1962

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NT



...nto de Madrid

NUESTRA PORTADA

Fabio Luz

CENIT se honra reproduciendo en su portada el noble semblante del Dr. Fabio Luz, figura señera de nuestro movimiento en América, que la muerte nos arrebató demasiado pronto, a pesar de que ya había producido rico y abundante fruto: una obra densa, enjundiosa, toda ella impregnada de amor y de fe en las ideas anarquistas, y un hijo que la continúa en la misma brecha ideal y científica.

Tenemos a la vista uno de los últimos trabajos que escribió, ya que en nuestra revista se publicó hace ya nueve años. Tenía por título «Sepamos vivir en anarquía». En esas líneas claras y comprensivas, sencillas, exponía su concepción de las ideas y su sentido práctico de la vida anarquista.

De él, el mejor elogio que podemos hacer es decir que pocos hombres como el Dr. Fabio Luz han sabido vivir tan plena y conscientemente en anarquía. Fabio Luz era de los que creían que el anarquismo, más y mejor que una ideología, es una actitud ante la vida, una manera de vivir la vida.

El, escritor, hombre de ciencia, pensador de enjundia, fue ante y sobre todo, un hombre que vivió en anarquista, que jamás desmintió su actitud anarquista en la vida social y en todos los conflictos y problemas que nos crea la existencia.

Como González Prada, como González Pacheco, como Práxedes G. Guerrero, como Ricardo Flores Magón, como el profesor Oiticica, Fabio Luz dejó honda huella en América. Gracias a esos hombres, el anarquismo ha sido conocido y amado por sucesivas generaciones de obreros y de intelectuales en Latino-América.

CENIT

REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores:

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros : « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XII

Toulouse, Julio 1962

Nº 139

Hoja por hoja

ERA alto y sumamente flaco. Su cabeza tenía forma de ovoide. Además, una calvicie prematura habíala completamente despoblado, hasta el extremo de que era harto difícil poder situar la línea fronteriza de su frente. Su livida tez formaba marcado contraste con la espesa negrura de sus cejas, y bajo cuyas cavernas brillaban, acerados, sus diminutos ojos de obsidiana. Cabe añadir que jamás vi asomarse átomo alguno de ternura en semejante mirada; cuando nos fijaba, oblicuándola, eran puñales que rasgaban nuestras almas infantiles. Su nariz afilada, no sé por qué intensas pasiones, caía perpendicularmente sobre su boca enorme, festoneada por delgados labios, más aptos para fulminar anatemas que para musitar plegarias.

Tal era este profesor de cruz en pecho y rosario en mano, originario de una orden eclesiástica que no recuerdo, aunque nunca olvidé las draconianas ordenanzas por él servidas, de peor tomar que las de botica. Llevaba negros hábitos, pero más que los que ostensiblemente lucía, veamos aquéllos que en su docente ejercicio tenía.

Aquella escuela de rígida disciplina, antesala de cuartel o umbral de presidio, era famosa. No por lo que aprendíamos, mas por lo que sufríamos. El código pedagógico tenía estrecho parentesco con el castrense. En fin, de ella, si salíamos sabiendo poco, la abandonábamos temiendo mucho.

Los zagales, temerosos y encogidos, nos acercábamos silenciosos al lúgubre edificio. Pronto, las ocho campanadas fatídicas dábanlas el reloj cateclítico, retumbando en el silencioso burgo podrido. En el dintel, esperando el ritual besamano, haciendo severo recuento, estaba el pastor erguido. Reparto de empujones a retardatarios y de pellizcos a los más discolos.

Una vez formados, uniformados con guardapolvos grises, empezábamos el suplicio de la oración matutina. Arrodillados sobre las baldosas frías, cabizbajos, en signo de humillación, exigiendo en veces la postración, rezando pasábamos media hora. Luego, otra media transcurría cantando sal-

mos, súplicas y otros cánticos al redentor en crucifijo.

Finalmente, terminado el introito religioso, rompíamos filas. El tremebundo poncio sentábase en su alto sitial, cómodo sillón de terciopelo granate. Nosotros, los eternos irredentos, en las peladas banquetas de roble, frente a los pupitres. En su mesa, su diestra mano, semejante vara de fresno sin pulir, a su siniestra, siniestro látigo; en el centro un montón de libros polvorientos y ennegrecidos: Evangelios, Historia Sagrada, Doctrina de Cristo y otras zarandajas de parecido estilo. Por ellos conocíamos la moral, la filosofía, la historia y demás ciencias. Los fenómenos eran milagros, las leyes sentencias divinas, los principios abstracciones incognoscibles, los fines secretos de esfinge. Conocíamos el principio del mundo y el origen de la Vida. Bien es cierto que este parto divino — del que salieron culebras y sapos, montañas y ríos, valles y mares, astros y microbios, ranas y estrellas, hombres y cerdos, insectos y paquidermos, lobos y corderos, selvas y páramos, ballenas y sardinas — jamás pudimos diferirlo, pese a nuestra peculiar fantasía dispuesta siempre al recreo imaginativo de tanta maravilla.

Cuando, años más tarde, trabamos relación con los intelectos de Spencer y Darwin, Copérnico y Newton, Tolstoi y Descartes, diluyéronse estos conocimientos de baratijo.

Todos, sin excepción, habíamos ya probado las caricias de la vara y del látigo. El banquillo de los acusados estaba siempre de bote en bote. Arrestos que no se levantaban hasta altas horas nocturnas; todos habíamos sufrido. Para él, todos éramos satánicas criaturas; el motivo era nuestras idóneas diabluras. Para premiar laureados concursantes solía hacer reparto de piadosas estampas, mientras nosotros, para vengarnos, le premiábamos con grotescas caricaturas furtivamente diseñadas en alguna hoja volandera del cartapacio.

Pero entre los cincuenta rapaces había uno que era el blanco preferido del iracundo reverendo. El más discolo e irreverente era, a la vez, el más hábil y despiadado caricaturista. Su álbum era una joya de arte.

Cierto día, de imperecedero recuerdo, sucedió un épico encuentro. Proseguíase un monótono interrogatorio sobre abstracciones celestes cuando llegó el turno a nuestro quebrantado artista.

— ¿Cuál es la composición sacra del tríptico cristiano ?

El zagal, algo azorado, respondióle :

— Padre, Hijo y... la Virgen Madre.

— ¡Zopenco impuro! ¿Y del Santo Espíritu qué haces?

— Caricaturas, reverendo padre, caricaturas — espetóle con singular aplomo, el interrogado.

Allí sí que fue Troya. Levantándose bruscamente, impelido por un furor divino, dió tal vareo al infeliz, que de no mediar una volcánica insurrección de la comunidad estudiantil, le dejara hecho fiambre.

Diz que en España hay aún de estas cavernas. Y que beluarios con títulos docentes ejercen en sus cátedras.

Cuando los alumnos salen de sus aulas, presto han de estar para vivir en jaulas.

PLACIDO BRAVO



FILOSOFIA Y LETRAS

SONRIO ante la decisión de mi sobrino de cursar la carrera de Filosofía y Letras. Algo bien en los días de los Felipes, en los de los Borbones y aun en los difíciles de don Amadeo de Saboya : en 1962, un disparate. A menos que las materias a « empollar » sean otras, porque en la enseñanza se operase — lo dudo — radical y completo cambio. Siempre que los catedráticos expliquen de distinto modo lo griego y lo latino, y en los días que duró el diluvio, pongo por tope, se conozcan los clásicos, mas que no sea en su propia salsa. Igual se sale del paso con una cultura chapada en oro. Resúmenes, que la vida breve de suyo tiende a abreviarse : ecuaciones, logaritmos, binomio de Newton, cálculo infinitesimal, leyes físicas, fórmulas químicas, descomposición del átomo eutanasia aplicable (« hoy las ciencias adelantan... »), planos al minuto, altos hornos...

¡Y mi sobrino dispuesto a habérselas con Santo Tomás, como en los buenos tiempos salmantinos, de cara a la « Summa », mirando al « Fuero Juzgo », en amor y compañía del rey Sabio, distinguiendo la divisa de los Toros de Guisando (de la ganadería de doña Celsa Fonfrede) y a la vera de ambos Luises. Si todo esto caducó, ¿cómo he de aconsejarle que se acoja a la Metafísica para librarse de la Física ? ¿ Cómo he de aconsejarle que estudie para viejo ? La moderna mentalidad se despreocupa del corazón — Segismundo, en « La Vida es Sueño », quiere arrancárselo — y hace caso omiso de las musas. Llegará a no haber nubes — « Amo las nubes que pasan a lo largo, las maravillosas nubes... », dice Baudelaire —, ni pájaros de flores, ni mariposas. Contra el parecer de Rubén Darío, la Poesía no tendrá donde hacer su panal, y todo serán rascacielos. En la antigüedad

los bardos fueron la literatura viva de los grandes señores. Bardo significó siempre muerto de hambre. Ahí va un puñado : Tasso, Milton, Camoens, Cervantes, Lesage, Corneille, Dryden, Spencer Wondel, Royer Buttler, Floyen, Sydenham, Rushworth, Rousseau, Malfilâtre, Chenier, Chatterton, Vigny, Bécquer...

Vamos hacia el hombre milano : el paracutista (un motor la cabeza, un depósito de gasolina el izquierdo). No atemorizando la muerte, que es lo que de grande y bello tiene — sin ella, dice Schopenhauer, difícilmente se habría filosofado —, Dios se jubilará o estará en vacaciones.

Asimilate el nuevo sentido de la vida : para senil y estafalario tu tío, que el 16 de mayo cumplió 80 años, pudiendo decir con Ovidio : « Ha llegado el día en que conmemoro mi nacimiento : día superfluo. Porque, ¿ de qué me ha aprovechado a mí el haber nacido ? » ¿ O es que tan ciego estás que no ves llegar todo esto ? ¿ En qué te fundas para decir que se ha acabado la guerra ? ¿ Ignoras que esta desgracia es « el estado normal de la Humanidad », el exceso de problemas diminuido del sobrante de criaturas ? Nos suprimimos porque en este pequeño capacho no cabemos.

El propio Gracián, conceptista, menospreciando la cultura escolástica, advierte : « En Salamanca no tanto se trata de hacer personas cuanto letrados ». Y Larra : « La filosofía es para el hombre lo que la peluca al calvo ».

La carrera de Filosofía y Letras que mi sobrino quiere seguir, la carrera de cazador de moscas. Sigala si quiere — allá él —, mas no con la venia de su tío. Para una carrera práctica, desde ahora la tiene : para la que más se parezca a un oficio.

PUYOL

CAMOTE en el BOULEVARD

En la guerra de la yarda (anglosajonismo) y la cultura (hispanidad liberal) en estos cañares de azúcar, Rubén Darío es un enemigo nuestro. No porque el cerúleo poeta de oro y « Azul » saxoamericanice gorjeando, sino porque era un afrancesado cursi. La galicania española del alba del 900 se apegaba plausiblemente a la Revolución. Que su Majestad persa, como Gómez Carrillo, labraba de cara a las frivolidades de « La Belle Jardinière » y las « Galeries Lafayette », ilustre modisto éste último, como se sabe.

Francia tiene unas Humanidades, en que late el aliento de lo mejor de nuestra roída especie: Julio Vallés, Zola, Tailhade, Bruant, Steinleu, Blanqui, la buena Luisa, Ravachol. Púgiles todos, sumergidos en el mar de gomosidad ambiente. Si alguno de ellos se evoca, como Sebastián Faure, santo ateo, es para decir la clerical ponzoña, que se entregaba en « La Ruche » a patecologías muy de la dilección de los hermanos del barbero y de todas las Congregaciones. Rubén a esa « Rue de la Paix » fantasma no se asomó jamás. Ahí no corren cheques.

También América tuvo en su tiempo bravos artistas malditos: Florencio Sánchez, González Pradas, Almafuerte, Vargas Vila, Ghirardo; y, sobre todo Bonafoux, azote de Dios y de todo Dios, mandado borrar de la tierra. En vida, boicot; muerto, el lazareto y el ghetto. Como rata por tirante, vuela hacia igual Edén. Como ninguno de los que se desangran creando, tiene tenedor en las bachatas del presupuesto, Darío iba a cancanear al « Moulin » en que había « galette ».

Conoció al quetzal de Nicaragua con motivo de una lectura de poemas que dió en el Ateneo de Barcelona, cuando yo bacalaurizaba, con mucho más amor al bacalao que a la bachillería. Sordamente llevaba nuestro Pindaro una cogorza pin-dárica; es decir, imponente. Sus espaldas de changuador la porteaban garbosas, como a una bolsa de trigo con hemorroides o que se escurre por abajo. Talleyrand tropical, vestía de etiqueta. Un negro, envasado en el frac del Lord Maire de Londres y calzado con la bimba de Loubet, no habría hecho reír más.

En París representaba diplomáticamente la política de juerga continua y sangre bebida a morro del general Zelaya, un Somoza de antier, a quien las musarañas o Musas arañas hacían de alcahuetas. En esos Montieles, el mirlo de que hablamos ni quitaba ni ponía rey: su ojo de águila no perdía ningún plato de vista. Y como al ensabanarse y a la hora de pulverular, se sacudiesen como las ángeles, lo mismo le daba un demócrata que un pluteócrata. El burgués argentino Guido, que financió a nuestro apolonida una revista de líricas anemias, sabe algo de las flaquezas de la carne parnásica.

Por cuenta de los « blagueurs », que ahí le bailaban el agua, con vistas a colaboraciones y ediciones, que eran el cuento del tío de América y de la tierra pintada en La Habana, dedicóse don Rubén Simeón Levi a deshispanizar espiritualmente este Hemisferio.

Como si aspirase a una plaza de groom en « La Rotonde » o al título de camelot del Boul-Mich, que es escasamente lo que llegó a ser, exaltaba en sus crónicas del bulevar el carnaval cocotesco y tabarinresco, endosándose ya una chaquetilla de « chasseur », ya un blanco chaleco de « barman », ya una roja casaca de tzigán. Para el caitado o pelado de su país, que le pagaba las agamenónicas pítimas, no tuvo, en cambio, nunca más que un gesto agrio de afrikándér.

Cristiancide y franciscanoide de un snobismo escéptico, manicuro y pedicuro de Merodes, con una idolatría eunuca de los brillos mundanos, manifestaba el cha centroamericano una propensión sospechosa hacia los estetas más equívocos o menos inequívocos: Verlaine, Rimbaud, Jean Lor-rain; hacia aedas y aedones sólo un garón de « Maxim's », que le lustra con la cara las botas a un « truster » ensalsichado de anillos, echaría para la calle con la escoba al panida de más zoqueta que nos escupieran las nubes. Ni se percató tampoco de que en el chamizo que a él como a un trompo se le bailaba, inmortal e « inmortalas » de la lengua abrigaban todos la misma vaciedad infinitísima bajo sus pamelas pajariconas y sus chisteras de cocheró.

ANGEL SAMBLANCAT



El que estaba en todas partes

SU cara era cetrina. Su andar, largo y pausado. Nada, al parecer, podía alterar sus nervios. Escuchábase a sí mismo cuando hablaba. Qué deleite si a su vez, alguien, no importa si uno o algunos, se agregaban a su « yo » para escucharle.

El infeliz mortal que a su vera andaba — regocijado en principio pero maldiciendo al final su mala estampa — recibía codazo tras codazo, en los ijares... El hablador exigía una atención despierta.

Murió hace un tiempo, después de arrastrar por el mundo su figura escuálida, su egolatría irresistible, su verborrea — creedlo — en ocasiones amena, no pocas veces grata.

La escena — basta con una escena cada semana repetida, y repetida también entre semana ante otros auditores — se desarrollaba en Montevideo (1931). Presentes entre otros se hallaban Luis Fabbri, con su eterna, sonriente bonhomía; su hija Luce, con aquel mirar eusente, sus ojos persiguiendo ensueños lejanos; el eufórico Coteló, rojo, grueso, sanguíneo, de verbo fácil y picante; Santillán, con su aire — entonces — modesto y comedido, apuntando con timidez una sonrisa; Carreño, con su mirar grave y su decir oportuno y chispeante; Hugo Treni, con su inveterada sed de conocimientos y su rostro ancho y bondadoso; y uno o dos más cuyo recuerdo se esfuma en mi memoria, y el que con mano inhábil traza estos croquis...

Se trataba... de esto o aquello, y había alguien que siempre, de antemano, todo lo sabía. En tal año, en tal sitio, ante tales y tales, ya se había planteado la cosa; « él » mismo la había planteado. Había asistido a tal acontecimiento. Había previsto tal hecho. Había lanzado tal idea. Y siempre el « yo », con un tono más marcado que las otras palabras, sonaba con machacón repetir en nuestros oídos.

Se hallaba entonces de moda el juego del « yo-yo ». Así motejamos a nuestro contertulio. Su insistencia no decaía y las reuniones se sucedían unas a las otras con esta incidencia siempre prevista, que en ocasiones nos arrancaba sonrisas, las más de las veces tedio...



Meiter había arrostrado todos los embates de la vida. La cárcel y el destierro; persecuciones en latitudes extremas; hambre y privaciones. Nada había roto su eterno optimismo que un día — nos asaltó esta duda — creímos ocultaba una intimidación menos grata. ¡Oh, nuestra ingenua pretensión de psicólogos! Ingenua, porque quince años de entonces no podían dar lugar a otra expresión.

Meiter había « vivido » las más extrañas y apasionantes aventuras. Habíase codeado con los hombres más eminentes de la época y, cosa extraña, hasta de otras épocas un tanto dudosas a pesar de su edad incierta. Un escuadrón entero de cosacos — era ruso — se lanzó en su busca y captura. No imagináis cómo « liquidó » una parte y ahuyentó el resto. Las gestas más inauditas fueron hijas de su esforzado brazo y de su temerario valor. Así anduvo por los más dispares rincones de la tierra, derrochando valor y dando prueba de intuición y sabiduría. Si hubierais sabido lo que dijo a Bakunin en cierta ocasión; lo que insistió ante Reclus; cómo enmendó la plana a Rocker; refutó a Gori; hizo ver a Malatesta; increpó a Caffiero; aconsejó a Gorki; demostró a Kropotkin; señaló a... ¡el universo entero!...

Los jóvenes escuchábamos embobados tal genio de intuición, tal don de ubicuidad, tal valor incomparable...

Una noche, en el tranvía que va de la Boca a Barracas, en Buenos Aires, volviendo de una conferencia que un compañero había dado sobre: « Historia del Movimiento Obrero Anarquista en la Argentina », Meiter nos confió al oído:

« No ha estado « muy mal del todo ». ¿Qué quieres? Para lo que sabe... Si hubiera hablado yo hubieras visto. Para contar la Historia hay que virarla, hay que tener experiencia, hay que saber. Por ejemplo, yo hubiera dicho... »

Desde aquel día, joven irreverente e ingrato, comencé a dudar de los dones, los hechos y las cosas del buen amigo Meiter...



Las huelgas del 19, en Barcelona, conocieron su actividad, su valor probado. Su labor incesante, enérgica, provechosa, le hizo la « vedette » del momento. Para su mal personal. La Patronal le colocó en la « lista negra » y la vida se le hizo difícil.

Hubo de retirarse, cambiar de nombre, pasar al anonimato, sin dejar de laborar con tesón por sus caros ideales. Pasaron así varios años y sólo los viejos y activos militantes sabían quién era « él ».

Los días de julio le lanzaron de nuevo a la palestra en acción jocunda, valiosa, imperecedera.

Fue « él » quien condujo, con su brazo hercúleo y el apoyo de un puñado de valientes voluntarios, el cañón que dominó Capitanía; que hizo arriar bandera al Gobierno Civil; que enmudeció las ametralladoras de lo alto de Colón; que en la Plaza de Cataluña atacó a los Escolapios; que cumplió una y mil batallas en inolvidables horas... Fue « él » quien acompañó, como responsable, la expedición a Mallorca. Quien recibió allí

arteralmente y por la espalda, la bala que le atravesó el pulmón y que le postró en camilla por largo tiempo.

Fue « él », quien desde su camilla, asistió a las jornadas gloriosas de la Roja y Negra. Fuera de su camilla ya, a batallas memorables : Monte Aragón, Estrecho Quinto y otras más...

Rodó luego por los campos de Francia, Argelés, Barcarés, Rivesaltes, fugado a veces, oculto otras... Perpignan, Narbonne, Bagnères de Bigorre, Mari-gnac, en el disciplinario de Muret, por un gesto de rebeldía, en las Compañías de Trabajadores, no sé cuántos sitios más... En las minas del Val de Burat, su cuerpo taladrado de balazos, vigoroso aún a pesar de los años, empujaba las vagones de « ramblée », tonelada cumplida, realizando labores que a jóvenes y sanos fatigaban y rompían la resistencia física, la tensión nerviosa, la esperanza de un día de libertad.

Allí te ví por última vez, inolvidable e inolvidado Lecha... He aquí tu nombre, al parecer anóni-

mo, pero esculpido para siempre en las páginas de la Historia... Donde quiera que te halles, si es que aún «estás», querido Lecha, créelo, quien te conoció, no te olvidará jamás.

En mis momentos de amargura intensa, íntima, feroz, de esa amargura férrea que corroee la voluntad y las entrañas, pienso en tí, amigo Lecha, y recuerdo tu faz cubierta, sonriente, bonachona, fraterna, tu entero y eterno optimismo. Siento entonces una profunda vergüenza de mi mismo y me aferro de nuevo a la lucha, pensando en tí, Lecha, que nunca decaíste...

..

Basta por hoy, basta, porque si no diréis que yo también « estuve en todas partes ». Ello es muy fácil, lo habéis apreciado, en algunos aspectos. Pocos logran « estar en todas partes » como lo estuvo Lecha...

ILDEFONSO

LA CIENCIA

La palabra latina *scientia* (de *scire*, aprender, conocer) en su sentido más lato significa sabiduría o conocimiento. Pero es corriente emplear la palabra « ciencia » en un sentido restringido a la ciencia natural, si bien el vocablo germano más cercano, *wissenschaft*, comprende todo estudio sistemático, no sólo de lo que nosotros llamamos ciencia, sino también de las disciplinas históricas, filológicas o filosóficas. Para nosotros, pues, la ciencia puede ser definida como un conocimiento ordenado de los fenómenos naturales y de las relaciones entre los conceptos en que se expresan estos fenómenos.

El origen de la ciencia física hay que buscarlo en la observación de los acontecimientos naturales, tales como los movimientos aparentes de los cuerpos celestes, y en la invención de las herramientas toscas con la ayuda de las cuales el hombre se esforzó en aumentar la seguridad y comodidad de su vida. Análogamente, la ciencia biológica debe haber comenzado con la observación de las plantas y animales, y con la medicina y cirugía primitivas.

Pero en una primera fase el hombre casi universalmente emprendió una senda equivocada. Llevado por la idea de similitud, trató de atraer la lluvia y el sol, o de dotar de fertilidad a los campos imitando la Naturaleza por medio de ritos de magia simpática. Insatisfecho de los resultados logrados, el hombre pasó a otra fase, a la creencia animista de que la Naturaleza debía hallarse bajo el imperio de ciertos seres más poderosos que él : el Sol pasó a ser el fulgurante carro de Fe-

bo y los truenos y los rayos eran las armas de Zeus. A estos seres trató el hombre de tenerlos propicios mediante ritos que serían los mismos o derivados de aquéllos que predominaron en la etapa más primitiva. Por otra parte, el examen del movimiento constante de las estrellas o del movimiento errabundo de los planetas condujo al hombre a la idea de un Hado inmutable que regía los destinos humanos, los cuales podían leerse en el firmamento. Está fuera de toda duda que la magia, la religión y la astrología fueron las precursoras de la ciencia, si bien no puedan reconstituirse las relaciones que mantuvieron con ésta.

Comienza a dibujarse cierto orden en el conocimiento científico de los testimonios del antiguo Egipto y Babilonia — unidades y reglas de medida, aritmética rudimentaria, calendarios del año, reconocimiento de la periodicidad de los hechos astronómicos, incluso de los eclipses —. Pero los primeros que sometieron tales conocimientos al examen racional, los que trataron de señalar las relaciones causales entre sus partes, en una palabra, los creadores de la ciencia, fueron los filósofos naturalistas griegos de Jonia. La más remota y afortunada de tales tentativas fue la conversión de las reglas empíricas empleadas para la medición de terrenos en la ciencia deductiva de la geometría, cuya iniciación se atribuye tradicionalmente a Tales de Mileto y a Pitágoras de Samos, en tanto que la formulación final de esta ciencia fue llevada a cabo por Euclides de Alejandría trescientos años más tarde.

G. C. D. DAMPIER-WHETHAM

Simone Weil y el hombre máquina

CONTINUA preocupando, sugiriendo toda clase de comentarios, en revistas de Europa y América, la compleja personalidad intelectual de Simone Weil, esa muchacha, profesora de Filosofía, delgada, de mirada miope, de expresión bondadosa, de porte sencillo, que pasó por la vida como un meteoro falleciendo apenas traspuesta la treintena. Su muerte prematura debióse quizás, como apunta una de sus amistades, a una extraordinaria y constante actividad cerebral, a la par que una total negligencia de la vida material. Su obra de escritora ha sido discutida por su singular hondura de pensamiento, por su agudeza filosófica. Nos lo prueba con su libro « L'Enracinement », en su « Diario », y en la recopilación presentada, a la manera de los « Pensamientos » de Pascal, por Gustavo Thibon, con el título « La pesanteur y la Grace ».

Al referirme a Simone Weil no es para hacerlo con respecto a sus años de militante de izquierda, ni con referencia a su actuación como miliciana en la Revolución española del 36, tampoco he de referirme a su « conversión » al catolicismo, o más bien al socialismo cristiano. Simplemente, voy a dedicar el presente artículo a comentar brevemente el último libro que de ella se publicó bajo los auspicios de Albert Camús, libro que tiene por título « La condition Ouvrière ».

A primeros de diciembre de 1936 Simone Weil, cesando voluntariamente en su cargo de profesora, quiso conocer y vivir la existencia de los trabajadores de las grandes fábricas. Con este propósito ingresó en uno de los grandes talleres de metalurgia que hay en la « banlieue » de París, en calidad de peonaje especializado en máquinas. Estuvo una buena temporada trabajando en la metalurgia; cambió dos o tres veces de taller; y como sus compañeras de trabajo solteras, vivió en una reducida habitación de hotel.

Para una sensibilidad hipersensible, por así decir, como era la suya, la vida del taller, el monótono trabajo en serie, fue un tormento continuo. Ella, que tenía ese concepto de la dignidad humana, que fue consubstancial a los antiguos moralistas griegos, experimentó el choque brusco, brutal, de lo que representa la tarea intensa, realizada de un modo mecánico, con precisión de autómatas. Así, refiriéndose a la producción que se lleva a cabo por los obreros especializados en las máquinas, dice en el citado libro « La condition Ouvrière ».

« Para llegar, hay que repetir, movimiento tras movimiento, a una cadencia que, más rápida que el pensamiento prohíbe dar curso, no solamente a la reflexión, sino incluso a las ilusiones. Es menester, situándose ante su máquina, matar su al-

ma durante ocho horas diarias, su pensamiento, sus sentimientos, todo. Está uno irritado, triste, disgustado; ello puede amenguar la cadencia, lo propio si se trata de la alegría ».

En la gran industria moderna, el ser humano deviene, con el trabajo en la máquina, un apéndice de ella. Ese « robot » a que aludía Bernanos, para el que de poco ha valido la famosa « Declaración de los Derechos del Hombre ». El « robot », el hombre máquina, antítesis del « homo sapiens » de los humanistas. Concepción idéntica tanto para el mundo anglo-sajón como en el ambiente de la Rusia comunista.

Simone Weil deduce que, para no sufrir moralmente, lo que importa, lo que interesa, es esforzarse en no pensar. El ejercicio del pensamiento, la reflexión, induce a constatar que se es esclavo. Dice : « Mis camaradas creo que no tienen en el mismo grado ese estado de espíritu. Ellos no han comprendido plenamente que son esclavos ». Agrega también, en carta dirigida a un director de taller : « He sacado, en suma, dos lecciones, de mi experiencia : la primera, la más amarga y la más imprevista, es que la opresión, a partir de un cierto grado de intensidad, engendra no una tendencia a la rebelión, sino una inclinación casi irresistible a la sumisión más completa. La segunda es que la humanidad se divide en dos categorías, las gentes a quienes se considera en algo, y las gentes que no cuentan para nada. Cuando se está en la segunda categoría, se llega a hallar natural el no contar para nada, lo que no quiere decir que uno no sufra por ello ».

La monotonía del trabajo, hace que, aun a pesar suyo, la escritora lance su pensamiento en pos de las quimeras del ensueño. ¡Ah, pero el despertar brusco se impone! Hay que vigilar la tarea. Un descuido puede malograr el trabajo, inutilizar las piezas. Y esto no es aún bastante : se ha de producir a ritmo acelerado, para llegar al cupo de producción demandado por la Dirección.

Según los psicólogos, el trabajo parcelado, siempre idéntico, tiende a la neurosis, a los desarreglos mentales, al embrutecimiento del individuo. Ya, a fines del siglo pasado, Engels escribía : « No se inventará un método más perfecto de embrutecimiento que el trabajo de fábrica ». Desde entonces, la « racionalización » del trabajo ha progresado. Se produce a un ritmo más acelerado y con un instrumental de mayor precisión. Por todo lo cual, obvio es decir que hace falta poner una mayor atención.

Simone Weil, dotada de intensos sentimientos humanitarios, quiso conocer, experimentar, lo que representa el trabajo de autómatas que efectúan miles y miles de hombres y mujeres en fábricas y talleres. ¡Ah!, pero ella era libre para cesar en

FIGURAS DE ACRACIA

Carlos Caffiero

EN la población italiana de Barletta, provincia de Bari, cantos y gritos resonaban el 8 de septiembre de 1946, en tanto que un importante cortejo, precedido de banderas y oriflamas negros, seguía el curso de las calles. Eran nuestros compañeros de la Federación Anarquista Italiana, que conmemoraban el aniversario del nacimiento de Carlos Caffiero.

Este nombre, evocación de todo un pasado glorioso, en el curso del cual el anarquismo se afirmaba como doctrina social, está íntimamente ligado a los nombres de Bakunin, Emilio Covelli, Malatesta, Fanelli, etc.

Heredero de una riquísima familia, el joven Carlo hace sus estudios en un seminario de Melfetto. Parte después a estudiar Derecho a la Universidad de Nápoles. Nada le predestinaba a la vida de los anarquistas. Sus amigos le incitaban a entrar en la diplomacia; sigue sus consejos, pero asqueado pronto del medio en el que vive, deja a los diputados, a los adeptos de la embajada y marcha a Londres, donde no tarda en entrar en relación con los primeros internacionalistas. Así frecuenta asiduamente a Marx y a Engels y con su contacto abraza la causa del socialismo y de la Internacional.

En 1870 visita a París y vuelve después a Italia, donde comienza su agitada carrera de militante revolucionario.

Con el viejo conspirador Giuseppe Fanelli — bien conocido de los anarquistas españoles por el papel que jugó en nuestro país en el momento de la Primera Internacional — Caffiero y el joven Errico Malatesta, reconstituyen la sección de Nápoles de la Internacional, que había sido disuelta algún tiempo antes. Funda entonces el periódico « La Campana », que con vigor aboga por la transformación social.

Infatigablemente, Caffiero y Malatesta, durante más de diez años, uno al lado del otro, van a emprender una agitación sin límites. La primera In-

ternacional se divide por la lucha de Marx y Bakunin. No es nada fácil quedar neutro en la Organización. Además, nadie piensa en ello. Engels escribe sin descanso a Caffiero. Pérfidamente, trabajando con insinuaciones, trata de adquirir al fogoso militante difamando a Bakunin. El juego vale la pena. El resultado es contrario a los esfuerzos empleados. Ante tanta mala fe, Caffiero se hace un propagandista anarquista. A Engels hay que agradecerlo.

En 1872, en la Conferencia de Rimini, funda la nueva sección italiana de la Internacional, pero entrando en Italia para asistir a un Congreso, es detenido en Bolonia, con Malatesta y algunos otros. Puesto en libertad, va a Suiza, donde compra la famosa « Baronata », villa que destina a la Internacional, para abrigar a los proscritos. Instala allí un gran número de compañeros y entre ellos a Bakunin. Pronto se arruinó por este camino. Entonces, para ganar su vida, vuelve a Italia y entra como empleado en casa de un fotógrafo de Milano.

Pero es en 1877 cuando Caffiero rinde todo su esfuerzo como revolucionario. De acuerdo con Malatesta y Krafchinsky, había organizado un movimiento entre las masas campesinas tendente a instaurar en Italia meridional un régimen libertario.

Su plan fue revelado a las autoridades por un estipendiado. Bruscamente, Caffiero y sus amigos, pasan a la acción. Fue aquello la epopeya conocida bajo el nombre de insurrección de Benavento. Duró la misma siete días, durante los cuales una heroica juventud mantuvo a raya al ejército enviado para reducirlos.

Después de haberse apoderado de los pueblos de Lefino y Gallo e intentado sublevar los habitantes de las provincias vecinas, debieron ceder ante la fuerza.

Detenidos de nuevo, esta vez con las armas en la mano, Caffiero y sus amigos sufrieron un encarcelamiento de un año y recobraron la libertad cuando el jurado del Tribunal que hubo de juzgar los hechos del « Monte Matese » rindió su veredicto.

Después de haber desenmascarado en Turín al confidente Carlo Terzaghi, habiendo abusado de sus energías, Caffiero siente flaquear su salud. La fiebre con la que se dio a la propaganda venció a sus nervios y en 1883 entró en una Casa de Salud. Privado de razón, murió en Nocera el 7 de junio de 1892, a los 45 años, de tuberculosis intestinal.

La biografía y colección de escritos de Caffiero están por hacer. A Jacques Guillaume se deben la mayor parte de los informes que constituyen este

Una sociedad que crea hombres esclavos de las máquinas, tan sólo puede ser agradable para quien carece de dignidad. Puede ser tolerada, soportada con resignación de inconscientes o vencidos, por quienes han llegado al extremo de tener la insensibilidad de la máquina.

FONTAURA

Marcelina Desbordes - Valmore

LOS más grandes poetas de Francia : Baudelaire, Samain, Victor Hugo, Verlaine y también el escéptico Anatole France, han elogiado a la poetisa que falleció el 23 de julio de 1859, y cuyos restos yacen en el cementerio de Montmartre, cerca de la tumba de Heine. Su gloria aumenta en nuestros días. Los nuevos volúmenes consagrados a su vida y obra, testimonian que ni la más oscura y modesta existencia escapa a la curiosidad literaria y al homenaje, muchas veces tardío, como expresión del reconocimiento.

Marcelina Desbordes-Valmore no ha tenido infancia. Desde la edad de 14 años, en que perdió a su madre, ha sabido lo que significa ganarse el pan de cada día. Actuó en las tablas de los teatros de París y provincias; deambuló de una ciudad a otra, luchando continuamente con su implacable destino. Soportó todos los sufrimientos humanos : no solamente las preocupaciones diarias, las enfermedades y la miseria. Fue seducida por un hombre « que puso a prueba su ingenuidad »; fue abandonada por aquél que amaba como si fuera una encarnación del ideal; perdió a su hijo, fruto de su primer amor. Valmore, su esposo, actor mediocre, pero de buen corazón, le prodigó incesantes sacrificios; ella le ocultó todos sus desesperados esfuerzos para aliviarle con una sonrisa y ofrecerle un refugio después de las

cruces miserias soportadas detrás de los bastidores del teatro. Además, tenía que prestar ayuda a su hermano y a su padre. A los hijos que tuvo con Valmore los crió con desmedida devoción, para verlos morir después uno tras otro (de cinco perdió cuatro). Los golpes del Destino caían siempre sobre ella; no obstante, Marcelina Desbordes-Valmore ha conseguido forjar, con las lágrimas de sus sufrimientos, tesoros de poesía.

Nadie se encontraba más lejos de la literatura como ella. No poseía una cultura seria, ni siquiera sabía escribir correctamente. Disponía, sin embargo, de un sentido musical que de un modo natural, casi inconsciente, encontraba su expresión en los versos. Es así como escribió esas poesías en las cuales el alma de una mujer se desenvuelve con toda sinceridad; muy pocas fueron, en verdad, las mujeres que escribieron acerca de sus secretos espirituales con la naturalidad y simplicidad de esta poetisa. Sus anhelos, sus sufrimientos y sus esperanzas fueron volcados en el papel, sin pensar que algún día serían publicados. « Su arte es sin arte ». Rimas pobres, imágenes comunes. Mas toda su poesía es música pura; es el cantar de aquella que desborda sus sufrimientos, es el canto que mece el alma martirizada en las armonías de una confesión rara vez encontrada en la literatura universal.

Cuando, en las postrimerías de su

vida, un Sainte-Beuve, un Lamartine, un Victor Hugo ofrecen sus homenajes a esa poesía de profundas resonancias, Marcelina Desbordes-Valmore no los acepta. Cree, más bien, no merecerlos. Después de sus padecimientos de amor, después de la tortura de la miseria, después de su encarnizada lucha con las enfermedades, no puede recibir la gloria. La teme igual que a la felicidad. Toda su vida fue sufrimiento y renunciamento. Vivió para los demás. Fue pródiga con su vida, instante tras instante, y cantó en versos solamente para aliviar su corazón. Aun después de haber publicado sus primeros volúmenes continuó escribiendo como si no tuviera ningún testigo de su alma, fuera de dios. Por eso sus poesías tienen el valor puro de la vida inalterable con los cálculos literarios. Y su calvario, desde la infancia hasta la soledad de una vejez que esperaba la muerte como una liberación, permanece cual un gran ejemplo frente a los embaucadores del arte y los privilegiados de la industria literaria, si es que todavía éstos son sensibles ante tal drama de la vida y de la creación, descrito por un Stefan Zweig con conmovida comprensión y con esa compasión atenuada por las consolaciones que únicamente la verdadera poesía nos puede proporcionar.

EUGEN RELGIS

artículo, pero lo que debe decirse es que vivo, tan sincero, tan modesto, no pudo escapar a la calumnia. En la prisión, después de la revuelta de Campania, cuando, para engañar el tiempo, escribía el admirable « Extracto del Capital » de Carlos Marx, esperando comparecer ante sus jueces, se encontraba con Lenoit Malon, en Bélgica, escribiendo, para difamarle, un Hermann Greulich, para tratarle de agente provocador, un Jules Guesde para tratarle de « desertor ». Todos estos pontífices, refugiados detrás de sus despachos, no podían concebir un revolucionario, que contra sus propios procedimientos, no hacía la revolución con la piel de los otros.

Aparte de su « Extracto », que sería preciso reeditar un día, Caffiero escribió numerosos artícu-

los, de los cuales un gran número bajo el cubierto del anonimato. Es en su periódico « La Campana » donde mejor se pueden apreciar sus cualidades de periodista y propagandista.

¿Qué mejor homenaje puede rendirse a un hombre que elevó su desdén por la fortuna — y por la suya propia — a la altura de una institución que esta apreciación de Pedro Kropotkin, que describía así a Caffiero : « Fue un idealista de los más puros; dio a la causa un considerable patrimonio; no preguntó nunca cómo viviría al día siguiente. Un pensador, ilustrado de sus apreciaciones filosóficas; un hombre que jamás odió a nadie ». Nada hay que añadir a tal apreciación.

LUIS LOUVET

Miguel Utrillo y Morlius



EL día 20 de febrero del año 1862 venía al mundo, en una casa de la muy barcelonesa plaza de San Jaime, un niño que, andando el tiempo, tenía que convertirse — gracias a su talento y a su acusada sensibilidad — en un hombre extraordinario : me refiero concretamente a don Miguel Utrillo y Morlius, mi padre.

Podrá parecer raro que sea precisamente yo, su hijo primogénito, quien escriba y aplique tan rotundos como gráficos adjetivos. Pero, a excepción de los míos y de mi fiel servidora Dolores, o de algunos de los muchos amigos que dejara esparcidos por el universo mundo, ¿quién, por estas fechas se habrá acercado al cementerio de Sitges, donde está enterrado, precisamente frente a la tumba del que fue su inseparable amigo de juventud, el malogrado grabador Ramón Canudas, para depositar un ramo de flores?

Las empresas más varias y hermosas

Y sin embargo, fue un hombre que a lo largo y a lo ancho de su vida supo animar las empresas más varias y hermosas. A los catorce años era secretario del « Centre » Excursionista de Cataluña con los Arabia, Bofill, Arnet, Avellán, etc., llevado por la comezón de los descubrimientos y de las excursiones, a las que permaneció fiel durante toda su vida. Luego, exilado mi abuelo, primero en Amelie-les-Bains, luego en Aviñón, abogado ilustre que ayudó a traer las aguas de Dos Rius a Barcelona, con Víctor Balaguer, Gaspar Núñez de Arce, Juan Tutau, Tomás Fábregas, etc., vocales todos de la Junta Revolucionaria del 68, supo aprovechar las lecciones de francés, que le diera un poeta de excepción : Stephane Mallarmé. De francés y de sensibilidad, de la que antes hablé.

No es extraño, pues, que, al través de los estudios de sus años juveniles, sintiera hacia Francia, que por aquellos años era auténticamente « douce », un amor sincero, demostrándolo de muy diferentes maneras, incluso dando su nombre a otro Utrillo, que tenía que ser, andando el tiempo, quien universalizara el apellido.

visto por su hijo

Periodista, pintor, falsa bohemia

Fue periodista. Se hizo pintor. Fue amigo de trabajo y vivió una falsa bohemia, precisamente en la « Butte » de Montmartre, y luego en la siempre adorable Isla de San Luis, de Rusiñol, de Casas, de Clarassó, de Zuloaga, de Paco Durrio y de tantos y tantos artistas y soñadores que nos legaran, burla burlando, unas obras, algunas de las cuales, son, aún hoy, sencillamente geniales.

Permutó varias veces los pinceles por la pluma. Y al través de las páginas de las revistas que con Ramón Casas crearon, « Pel & Ploma » y « Forma », como antes en « Luz » y bajo el seudónimo de A. L. de Baran, como desde las páginas de « La Vanguardia » — mientras también Rusiñol escribía sus cartas « Desde el molino », tomando el título de las que escribiera su común amigo Daudet — se convirtió en el introductor de un cierto impresionismo que, trasladado a la plaza de Cataluña, como respondía a la obra de talentos reconocidos, pronto tomó arraigo y se abrió paso. Ayudó a revalorizar la obra de El Greco, y fue él y no otro quien, por ejemplo, convenció a Ramón Casas, el genial, para que llevara a cabo aquella serie de retratos al carbón, hoy en el Museo de la Ciudadela, al través de los cuales se puede seguir la iconografía de una gran parte — la más destacada y brillante — de la intelectualidad nacional de la época. Pero al mismo tiempo, justo es reconocerlo, y era ésa una de sus máximas satisfacciones, daba la mano a la juventud, representada por Isidro Nonell, el de los « cretinos » de Bohí y de las gitanas con alma, y a Joaquín Sunyer, entre otros, de la misma manera que anteriormente, y en el marco que él también bautizó y animó de los « Quatre gats », había organizado y cantado las glorias de un joven malagueño de ojos despiertos, dotado de un talento de excepción, como lo sigue siendo Pablo Ruiz Picasso.

En el Laberinto de Horta, y de la mano de don



Juan Maragall el insigne, presenta « Ifigenia », fasto aún hoy recordado. Organiza cabalgatas. Anima, también, representaciones inolvidables a través del Teatro Lirico Catalán. Se convierte en un crítico de arte estimado, y temido, hablando no ya sólo de sus amigos, con justa ponderación, sino también en todo cuanto respirase juventud. Es nombrado director artístico de la Enciclopedia Espasa, en donde realiza una labor a todas luces hoy increíble y varia. Y un poco cansado y escéptico se retira a Sitges, el « Blanco Refugio » cantado por Diego Ruiz, en donde, al revés de su íntimo amigo Santiago Rusiñol, que fue un poco ave de paso, se casa y crea un hogar.

La hora de « Mar y Cel »

El Utrillo animador de empresas artísticas se convierte en un burgués que se acuesta a buena hora, a eso sí, habiendo leído el « Times », y nuestra casa es punto de reunión de amigos y de artesanos admirables, todos ellos estupendos personajes de altísimo valor humano, como fueron Salvador Robert, el primer amigo que en Sitges tuvo, así como los Pascual, los Marsal y los Selva, gracias a los cuales y a la magnificencia de Mr. Charles Deering se hizo posible aquel milagro del « Mar i Cel », entonces repleto de maravillas artísticas de incalculable valor, hoy triste y vacío palacio, pero, eso sí, propiedad de la villa de mis ensueños.

Un mal día todo esto se truncó. La envidia dio paso a un estado de cosas absurdo, seguido de una expoliación vergonzosa. Y la multitud debió de pensar que adorando al becerro de oro podía cambiar las circunstancias cuando, en realidad, luego bien se vio, piezas capitales de la historia del arte patrio, como el famoso retablo bordado de Quesana, salieron para siempre de España.

Yo, si hoy recuerdo estas cosas no es a título de recriminación, porque siempre he sido más amigo de la verdad que de las utopías. Pero asistir a una dispersión tal, a pesar de mis pocos años, recuerdo que me produjo un vacío enorme que aún me dura, así como el sonrojo, años más tarde, al ver tales maravillas en el Museo de Miami...

Otro hombre hubiera, quizá, de no ser burgués y escéptico, emigrado. Pero mi padre, un auténtico enamorado de Sitges, en Sitges continuó, limitándose a pasear por la plazuela que hoy lleva su nombre y que da entrada al barrio universalmente conocido por el « Mar i Cel ». Y volvió, como en sus años mozos, a crear y animar empresas, devolviendo con creces a Sitges, la patria de sus amores, las resultantes de su fina sensibilidad. Casas existen aún hoy, en el pueblo blanco, en donde el buen gusto se da cita. Y aún más adelante, gracias a la fantasía de un sabadellense de pro, José Armengol, otro gran olvidado, hicieron posible, ayudados por el arquitecto José María Martino, la zona residencial de Terramar, hoy orgullo de mi pueblo.

Un mundo de recuerdos

Miguel Utrillo, mi padre — José María Sert, el genial, su mejor amigo, me lo había dicho infinitas

veces — tuvo la desgracia de que su obra quedara, como buen escéptico, dispersa. Porque al revés de lo que sucede en los días de estío con aquellas torres humanas conocidas por los « Xiquets de Valls », mi padre, digo, era de los que hacen posible que las torres puedan levantarse. Y mientras la multitud aplaude al niño que saluda desde arriba, olvida, porque cosa humana es, los potentes músculos de los que soportan a la torre y al niño.

Las cosas se produjeron así, y así han quedado para los humanos. Y sin embargo, su obra, dispersa, sí, pero no menos importante, es hoy materia de consulta. Junto a los panegiristas que le han salido a Picasso, figura su nombre en el primer puesto de tan especial escalafón. Como gracias a él, y no a otros (porque fue él quien a ruegos del entonces alcalde de Barcelona, don Fernando Alvarez de la Campa, tuvo la feliz « idea »), se hizo posible esa maravilla que después, andando el tiempo, había de ser el « Pueblo Español » de Montjuich, ayudado por los arquitectos Ramón Raventós y Francisco Folguera, así como aquel excepcional dibujante que fue Xavier Nogués.

Asistir al primer centenario del nacimiento de un hombre que además de mi progenitor fue en todo momento mi mejor amigo, es cosa gratísima. No creo que sea falta grave esparcir a los vientos las virtudes de sus obras. Estos días, precisamente, y de cara a su biografía, que estoy preparando, encuentro, a través de cientos de recortes de prensa y de cartas, y vuelvo a revivir, por lo tanto, de aquel hombre delgado y siempre jovial, su manera de ser. Cierro los ojos y lo veo, por el paseo del Mar, de Sitges, charlando con C. H. Chesterton, o H. G. Wells, a quienes trajo al pueblo. Camino de la Cueva de San Vicente, previa charla en « El Estallá » con Alfredo Sisquella, en donde descubrió una muy importante estación prehistórica, lo que demuestra que durante el paleolítico otros sitgesanos existieron. También me parece aún hoy estar viviéndolo, sentado en la terraza del Hotel Colón de la plaza de Cataluña, formando parte de la Peña de artistas que presidía aquel catalán de pro que se llamó don Luis Plandiura. O discutir de arte, en el taller parisino de Sert — 2, Villa Segur — durante horas y más horas. O bien en Vich, vigilando la colocación de las pinturas de Sert.

Todo un mundo de recuerdos, gratos unos, tristes otros, estos días, me salen al encuentro. Parece imposible, pero aquel andar nervioso, y su manera de poner, por ejemplo, los dedos de las manos en la mesa, aún hoy los veo. Y sin embargo, se cumplen ahora cien años ya de que viera la luz primera. Uno, encontrándose justamente « nell mezzo del camin di nostra vita », ha tratado de recordar, de un hombre de excepción, su paso terrenal, mientras con el pie en el estribo — porque éste parece que sea mi sino — me dispongo a ir a depositar unas flores sobre la tumba de quien fue mi buen padre y mi más íntimo amigo.

MIGUEL UTRILLO

Han
Ryner

De mi individualismo

¿ Soy individualista ?

Sí, soy individualista.

¿ Y qué es lo que yo entiendo por individualismo ?

Por individualismo entiendo la doctrina moral que, sin apoyarse en ningún dogma, en ninguna tradición, en ninguna voluntad exterior, está de común acuerdo con la conciencia individual.

¿ Es que la palabra individualismo no ha designado siempre dicha doctrina ?

A menudo se ha dado el nombre de individualismo a apariencias de doctrinas destinadas a cubrir con una máscara filosófica, el egoísmo cobarde o el egoísmo conquistador y agresivo.

Cita un egoísta cobarde que a veces se califica de individualista.

Montaigne.

¿ Conoces a egoístas conquistadores y agresivos que se proclaman individualistas ?

Todos los que extienden entre las mutuas relaciones de los hombres la ley brutal del combate por la vida.

Cita algunos nombres :

Stendhal, Nietzsche.

Nombra a algunos verdaderos individualistas :

Sócrates, Epicuro, Jesús, Epicteto

¿ Por qué amas a Sócrates ?

Porque no enseñaba una verdad exterior a quienes le escuchaban, sino cómo encontrar la verdad en ellos mismos.

¿ Cómo murió Sócrates ?

Murió condenado por las leyes y por los jueces, asesinado por la Ciudad, mártir del individualismo.

¿ De qué se le acusaba ?

De no comulgar con los dioses que la Ciudad honraba y de corromper a la juventud.

¿ Qué significaba esto último ?

Significaba que Sócrates profesaba opiniones desagradables al poder.

¿ Por qué amas a Epicuro ?

Porque bajo su elegancia descuidada, fue un héroe.

Cita aquella ingeniosa palabra de Séneca sobre Epicuro :

Séneca llama a Epicuro « un héroe disfrazado de mujer ».

¿ Qué bien hizo Epicuro ?

Liberó a sus discípulos del temor de los dioses o de Dios, que es el comienzo de la locura.

¿Cuál fue la gran virtud de Epicuro ?

La temperancia. Supo hacer una distinción entre las necesidades naturales y las necesidades imaginarias. Enseñó que es preciso bien poca cosa para satisfacer el hambre y la sed, para defenderse contra el calor y el frío. Y se liberó de todas otras necesidades, es decir, de casi todos los

El sindicalismo reformista de ahora, es cosa artificial, desigual. Contiene sus jefes y sus seguidores, sus aprovechadores y sus engañados. Comprendo muy bien al individualista que de él se separa tapándose las narices, como se aleja de las iglesias. Aquí como allí, la política todo lo invade; allí como aquí, se explotan los sentimientos fraternales. Y encuentro poco interesante que el explotador se llame cura, secretario, pastor religioso o delegado sindical.

deseos y de casi todos los temores que esclavizan a los hombres.

¿ Cómo murió Epicuro ?

Falleció a causa de una prolongada y dolorosa enfermedad, enorgulleciéndose por su perfecta felicidad.

¿ Es que generalmente se conoce al verdadero Epicuro ?

No. Los vicios de discípulos infieles han cubierto su doctrina, como se esconde una úlcera bajo un manto robado.

¿ Es culpable Epicuro por lo que de él dicen los falsos discípulos ?

Nunca se es culpable por la tontería y por la perfidia del prójimo.

¿ La deformación de la doctrina de Epicuro representa un fenómeno excepcional ?

Si es escuchada por muchos hombres, toda palabra de verdad es transformada en mentira por los superficiales, por los hábiles y por los charlatanes.

¿ Por qué amas a Jesús ?

Porque vivió libre y errante, ajeno a toda cadena social. Fue el enemigo de los sacerdotes, de los cultos exteriores y, en general, de todas las agrupaciones doministas.

¿ Cómo murió ?

Perseguido por los sacerdotes, abandonado por la autoridad judicial, murió crucificado por la soldadesca. Es, junto a Sócrates, la más célebre víctima de la Religión, el más ilustre mártir del individualismo.

¿ Se conoce generalmente al verdadero Jesús ?

No. Los sacerdotes han crucificado su doctrina como su cuerpo. Han transformado en veneno la bebida vivificante. Y falseando las palabras del enemigo de las organizaciones doministas y de los cultos exteriores, han fundado la más organizada y la más pomposamente vacía de las religiones.

¿ Tiene la culpa Jesús por lo que han hecho de su doctrina los discípulos y los sacerdotes ?

Ya he dicho antes que uno no es culpable por la tontería y por la perfidia del prójimo.

¿ Por qué amas a Epicteto ?

El estoico Epicteto soportó valerosamente la pobreza y la esclavitud. Fue perfectamente feliz en situaciones que de por sí son muy penosas para los hombres ordinarios.

¿ Cómo conocemos la doctrina de Epicteto ?

Su discípulo Arriano recogió algunas de sus palabras en un librito titulado « Manual de Epicteto ».

¿ Qué opinas del « Manual de Epicteto »?

Su nobleza precisa y sin desfallecimiento, su simplicidad exenta de todo charlatanismo, hacen que para mí sea más precioso que los Evangelios. El « Manual de Epicteto » es el más hermoso y el más liberador de todos los libros.

¿ Ha habido en la historia otros individualistas célebres ?

Los ha habido. Pero los que he nombrado son los más puros y los más fáciles de comprender.

¿ Por qué no has nombrado a los cínicos Antístenes y Diógenes ?

Porque la doctrina cínica es un bosquejo de la doctrina estoica.

¿ Por qué no has nombrado a Zenón de Citio, el fundador del estoicismo ?

Su vida fue admirable y, según testimonios de la antigüedad, no se diferenció en nada de su filosofía. Pero es hoy menos conocido que los ya nombrados.

¿ Por qué no nombras al estoico Marco Aurelio ?

Porque fue emperador.

¿ Por qué no nombras a Descartes ?

Descartes fue un individualista intelectual. No fue bastante netamente individualista moral. Su verdadera moral parece haber sido estoica. Pero no se atrevió a hacerla pública. Hizo conocer solamente una « moral provisoria » en la cual se recomienda obedecer a las leyes y costumbres de su país, lo que es contrario al individualismo. Parece además haber carecido de valor filosófico en otras circunstancias.

¿ Por qué no nombras a Spinoza ?

La vida de Spinoza fue admirable. Vivía sobriamente, con algunos granos de trigo mondado y con un poco de sopa de leche. Rechazando las cátedras que le ofrecieron, ganó siempre su comida por medio de un trabajo manual. Su doctrina moral es un misticismo estoico. Pero, demasiado exclusivamente intelectual, profesa una extraña política absolutista y no reserva contra el poder más que la libertad de pensar. Su nombre, además, hace pensar más en una gran potencia metafísica que en una gran belleza moral.

COMUNISMO LIBERTARIO E INDIVIDUALISMO FRATERNAL

Se me pregunta si el individualismo puede conciliarse con el comunismo. ¿ Por qué no me preguntan también, si la respiración puede conciliarse con la circulación de la sangre, el pensamiento con el sentimiento y la actividad con el reposo ?

En su expresión abstracto, algunas de nuestras necesidades aparecen contradictorias; las palabras y las definiciones cavan, si así se puede comparar, fantasmas de fosas; pero bajo el pie valiente el terreno sigue siendo sólido y firme.

En lo concreto, en la salud, nuestras necesidades se armonizan por sí mismas, a pesar de los nombres batalladores. En la enfermedad, o las armonizamos o morimos. El espacio y el tiempo son más ricos que la lógica, esa derrochadora ciega. Sus movimientos, de fricciones a veces un poco rudas, traen, cual sol y estrellas, hermosas luces simultáneas o que alternan.

Si comunismo e individualismo no hicieran en el hombre una unión verdadera, ¿ cómo podría el hombre subsistir ? Bien es verdad que hasta ahora tal unión no es muy buena, pero felizmente, el hombre persiste en ella. El enojo teórico importa poco; el enfado práctico es la cruel enfermedad de la humanidad. Su acuerdo, siendo de más en más sonriente, he ahí la gran esperanza y la riente claridad del horizonte. Tierra prometida, ¿ es nuestro desierto un camino hacia ti ?

El espíritu es rebelde. Que lo sea un poco más y nos salvaremos. Sé, espíritu mío, lo bastante rebelde para negarte a ser conquistado, para negarte a toda conquista. Sólo una claridad interna puede renunciar a toda provocación. Se me parecen los demás, si así se puede decir, por esa necesidad de diferir, por esa independencia, por ese sentimiento de que su evolución es belleza y felicidad si su ritmo sigue siendo libre. Que mi verdad no se ofrezca, pues, nunca como un dogma. Como yo no conozco directamente a los otros, yo ignoro si en cierta medida mi verdad es una verdad humana. Aunque yo le suponga un carácter universal, no podrá florecer más que en las conciencias que se iluminarán a sí mismas; no es el cielo quien ilumina las estrellas; es la múltiple claridad de las estrellas la que hace del cielo una luz rutilante.

De modo que el individualismo es la gran verdad de mi espíritu.

Pero cierto comunismo es la verdad de mi corazón; cierto comunismo, es la verdad de mis manos. El beso no debe costar ningún sacrificio ni a mi pensamiento ni al pensamiento que vela detrás de la fuente de mi amiga. Aunque sólo fuera por una hora, nuestra aproximación puede producir al niño que, él, será común para siempre y hacia el que se inclinarán dos corazones igualmente maternales, igualmente paternales.

Mis manos, rebeldes como mi espíritu, cuando, siervas de mi espíritu artista, inscriben encima de la materia un poco de mi libre arabesco interior, son en otros momentos fraternales y están solicitas por encontrar otras manos que, para las elementales necesidades, quieren producir mucha vida. Que este acuerdo sea libre; en seguida el ritmo común se vuelve alegre y hermoso como una danza.

El comunismo será liberación y duradera conquista de todos cuando conscientemente se apoye en el individualismo. El individualismo no

podrá florecer en todo su esplendor hasta el advenimiento de una sociedad libremente comunista.

EL UNICO ESFUERZO UTIL

Si, en el presente, individualismo fraternal y comunismo libre parecen ser adversarios, es tal cosa una de las innumerables condenas del presente. Individualismo y comunismo son los dos polos de la verdad humana, nuestras dos necesidades mas profundas. Mientras no podamos apaciguarlas, conciliarlas, unir las, hacer de esos dos enemigos aparentes dos colaboradores felices, el hombre seguirá siendo cosa incompleta, malhumorada e impotente.

Individualismo : verdad esencial de mi espíritu. Comunismo : verdad esencial de mi corazón y de mis manos. Yo sólo puedo pensar por mí mismo. Mi corazón busca el calor de otros corazones. Celosas y solitarias en la obra de arte, mis manos, desde que se trata de tareas para la vida material, están deseosas por ayudar y por recibir ayuda.

Y no he dicho más que un solo aspecto. El equilibrio está aún más mezclado y mejor anudado.

En la misma vida intelectual, el individualismo se completa con el comunismo. Tal pensamiento que yo protejo contra las infiltraciones y las banalizaciones, le deseo hacer carne y verbo, hacerlo sensible e inteligible, darlo como el árbol da su fruto.

Todo comunismo razonable se equilibra con individualismo. Si no se devuelve algún amor por mi amor, huyo. Si de los productos del trabajo común, no se me da mi legítima parte, protesto mediante reclamaciones, por la rebeldía, o por un sistema desdeñoso o por la abstención, o por el cálculo o por la pereza.

Existen asociaciones que son inevitables; hay otras que son deseables. El individualista no las rechaza sin examen. A todas, les pide que sean naturales, iguales y abiertas. Y quiere que sirvan a todos sus miembros en vez de servir solamente a algunos de ellos. Y no quiere que, útiles por dentro, sean saqueadoras y paralizaciones por afuera.

El sindicalismo reformista de ahora, es cosa artificial, desigual. Contiene sus jefes y sus seguidores, sus aprovechadores y sus engañados. Comprendo muy bien al individualista que de él se separa tapándose las narices, como se aleja de las iglesias. Aquí como allí, la política todo lo invade; allí como aquí, se explotan los sentimientos fraternales. Y encuentro poco interesante que el explotador se llame cura, secretario, pastor religioso o delegado sindical.

También comprendo al individualista que en el sindicato ama con inquietud y esperanza un germen y una promesa. Envenenado hoy por el ambiente, tal vez tenga la robustez de rechazar las toxinas y luego cooperar al saneamiento del medio. Tal vez sea el rudimento y el compás de espera de la organización que permitirá vivir al otro día de la Revolución.

Lo importante es que, en el sindicato o fuera

del sindicato, yo sea yo mismo. Lo importante es no olvidar que una organización es natural si los delegados obedecen a una voluntad general aparente. Lo importante, es saber que una sociedad natural no es posible más que entre individuos, entre únicos, entre hombres lo bastante subjetivistas para que ninguno se sacrifique, lo bastante poco subjetivistas para que ninguno quiera el sacrificio de los demás.

En el sindicato o fuera del sindicato, lo importante es el no dejar adormecer al individuo que hay en mí y, cuando la ocasión se presenta, despertar a otros individuos en mi alrededor. Vendrá la salvación cuando las conciencias sean numerosas, armonizando razón y corazón. Equilibrio que no permitirá ser engañado ni dejarse engañar.

Esta labor lenta es la sola que dará, en su tiempo, resultados duraderos. Lo demás no es más que apariencia y engaño.

EL CREPUSCULO DE BIAS

Aunque muy debilitado ya por su vejez, Bias, el más sabio de los Siete Sabios, había querido, ante el tribunal de Priena, defender a un amigo acusado. Y había logrado su libertad. Agotado por ese esfuerzo tan grande, se había desmayado al pronunciarse la sentencia. Pero su síncope fue algo así como un deslumbramiento y se le oyó decir, alegre, cayendo en los brazos de su vecino :

— ¡Un bien más que me llevaré conmigo!

Lo llevaron a su casa y lo acostaron en la cama. Todos se dieron cuenta de que iba a morir y él mismo, saliendo de su desmayo, comprendió que se moría.

Sus labios dibujaron una dulce sonrisa como, al pie del monte Micalo sonríe el último recodo y el último murmullo del río Meandro. Y pronunció otra vez la frase que repetía con amor :

— ¡Todos mis bienes me los llevo conmigo!

Pero su hijo Teutamos preguntó, tratando de contener sus sollozos :

— ¿ A qué llamas tú bienes, padre amado y venerado.

— A lo que sólo puedo llevarme.

— ¡Oh, el más sabio entre los sabios! Otros sabios han dicho que ningún bien se lleva cuando se muere.

— Hijo mío, alguna apariencia te ha engañado. No puede ser sabio quien no da un nombre glorioso y fiel al bien que siempre va con uno mismo a todas partes.

— Padre, ¿ qué es lo que tú te llevas ? Dime, ¿ cuáles son esos bienes que nunca se pierden ?

— Son muy hermosos para que tengan un nombre. ¿ O crees tú que existen nombres capaces de expresar la belleza de las cosas verdaderas ?... Me llevo lo que sé... lo que conozco más allá de las palabras... los bienes que no pueden ni perderse ni darse... que cada uno debe lograr por sí mismo... que se han encarnado en mí mismo... que no se pueden dejar ni recibir en herencia... que florecen, más allá de las palabras, en el espíritu

emocionado y en el corazón encantado..., que no se distinguen de mi corazón encantado y de mi espíritu emocionado... Me llevo conmigo lo que la vida me ha enseñado.

— ¿Y qué es lo que la vida te han enseñado ?

— A vivir.

— ¿Y nos enseña algo la muerte ? ¿O es que la muerte no es la desaparición de todo ?...

— Hijo mío, no acabes la mentira que ibas a decir. La muerte enriquece como la vida. Todo acontecimiento fluye hacia el recipiente que yo soy. Y el sabio es un recipiente que no deja perder nada.

— ¿Qué me enseñará la muerte ? Si la vida me enseña a vivir, la muerte sólo me puede enseñar a morir.

La sonrisa de Bias, en este momento, hizo pensar en una llama ascendiente.

— No sé, dijo el sabio, lo que la muerte podrá enseñar a Teutamos. En cuanto a mí, la muerte me enseña a vivir.

— ¿Qué dices ?

— Entre otras cosas, la vida me ha hecho conocer que vivir es morir. La muerte me enseña, entre otras cosas, que morir es vivir.

— Hablas incomprensiblemente, padre.

— ¿Crees que yo me enriquecía solamente cuando estaba sentado, o cuando estaba de pie, o cuando estaba acostado ? ¿No me fueron la enfermedad y la salud enseñanzas iguales ? ¿Es que no veía nada cuando a las cosas miraba o cuando a mí me miraba ? ¿Es acaso una hoja un espectáculo menos inagotable que un bosque y hay menos materia de meditación si miras uno de tus dedos o si viajas a través de países lejanos ? Todo es vivir y todo enseña a vivir. Estar vivo o estar muerto, todo es vida y, si eres capaz de aprender, es la vida una continua enseñanza. Quien niega el nombre de vida a una sola forma, a un solo aspecto, a una sola actitud, a un solo paisaje, se proclama incapaz de escuchar la lección diversa

y fiel de la vida. ¿No lo podrán comparar al demente que siempre optaría por quedarse de pie o acostado, y nunca comería o caminaría ?... Me llevo hacia la muerte todo mi bien aprendido en la vida.

Bias calló, sus ojos se cerraron. Pero su sonrisa hacía pensar en bellezas calmas y vastas, y en no se sabe qué rica paz de luz. Y luego de un largo silencio, el sabio dijo de nuevo :

— Cuanto más te sonrío, ¡oh, muerte!, más me sonrío. Proyectado hacia tu beso enriquecedor, te llevo el dote del poco bien que he podido recoger en la vida.

El silencio, esta vez, dejó abierta la boca. Los ojos, que antes se cerraron por cansancio o por voluntad, volvieron a abrirse. ¿Qué espectáculo contemplaban que los vivos no podían mirar ?

Teutamos besó aquel cuerpo. Y balbuceó, ensayando de contener su dolor :

— Si tú no has perdido nada, padre mío, ¿no lo he perdido yo todo ?

Luego, su dolor triunfó. Teutamos, llorando, se dejó caer en un asiento y, con la cabeza en las manos, lamentó :

— Vida a Muerte, ¿podrán enseñarme otra cosa que no sea llorar ?

FIN

NOTAS. — Los siete sabios griegos eran : Tales de Mileto, Pitácoras, Bias, Cleóbulo, Misón, Chilon y Solón.

Yo he llegado a la meditación de que la Vida es lo siguiente : « La vida es la transformación lenta o brusca, más incesante, de toda la materia cósmica y de la fuerza que la anima ». La Muerte pues, no existe más que de nombre. Dicho de otro modo : « Morir es renacer a la Vida Universal ». — V. M.

Política de ayer y de hoy

«De donde resulta que los que son adversarios por tales innovaciones lo son por haberse aprovechado de las antiguas leyes, y hallan ocasión de rebelarse contra aquellas innovaciones por espíritu de partido, mientras que los otros sólo las defienden con timidez cautelosa, lo que pone en peligro al príncipe. Y es que cuando quiere uno discurrir adecuadamente sobre ese asunto, se ve forzado examinar si los tibios tienen suficiente consistencia por sí mismos, o si dependen de los otros; es decir, si, para dirigir su operación, necesitan rogar o si pueden obligar. En el primer caso no aciertan nunca,

ni conducen cosa alguna a buen fin, al paso que, si pueden obligar, rara vez dejan de conseguir su objeto. Por eso, todos los profetas armados han sido vencedores y los desarmados abatidos.

Conviene notar, otro sí, que el natural de los pueblos es variable. Fácil es hacerles creer una cosa, pero difícil hacerles persistir en su creencia. Por cuyo motivo es menester componerse de modo que, cuando hayan cesado de creer, sea posible constreñirles a creer todavía.»

MAQUIAVELO

RIQUEZAS HUMANAS

CUANDO contemplamos los portentosos avances de la ciencia especializada : posibilidades de viajes interplanetarios, transmisión a distancia de la visión y de la palabra, análisis del mundo ultramicroscópico, drogas mágicas antibióticas, intervenciones quirúrgicas en que se opera a corazón abierto, teniendo en la mano el órgano más importante de nuestra anatomía cuanto tiempo es preciso, triunfos de especialización que bordean la sorpresa de lo milagroso, aun admirándolos, no dejamos de pensar que este triunfo, la división en parcelas del conocer universal, ha sido posible y fructífera gracias a los enciclopedistas decimonónicos que prepararon el camino y actuaron como esforzados precursores. Aquella frase de Latamendi : « Del médico que no sabe más que Medicina, podéis decir que ni Medicina sabe », se extendió implícitamente al maestro que sólo sabía el texto que explicaba o el arte que ejerciese, malogrando su obra al perder la conexión de la unidad y universalidad.

El último en España de aquellos grandes enciclopedistas fue don Eduardo Saavedra, cuatro veces académico y cerebro tan polifacético, que salta con magnífica agilidad mental de la Filología a las Matemáticas; de la Literatura a la Geofísica; de la Historia de la Química a la Arqueología y al más allá de la Física, o sea, la Metafísica. Su gran acierto consistió en dar la clave de lo que debió ser el verdadero enciclopedismo, el soñado por Diderot y d'Alembert, o nuestro padre Feijóo, ajeno a incursiones políticas y sólo inspirado en la comunidad de los movimientos intelectuales; en saciarse con una entrega absoluta de la vida al estudio y a la investigación.

Asistimos cuando éramos jóvenes al entierro de don Eduardo Saavedra en la sacramental de San Justo el 13 de marzo de 1912; todo cuanto en Madrid tenía una significación social fue tras su carroza mortuoria. Los periódicos compararon su obra con las de Codera y Menéndez Pelayo; grandes la una y la otra, pero ninguna de las dos resiste competición victoriosa, ni confrontación concienzuda con la de Saavedra, el polígrafo más excepcionalmente culto de la España finisecular y novecentista.

Había nacido en Tarragona el 28 de febrero de 1829, y trasladado a la corte muy niño, ingresó con el número uno, a la edad de catorce años, en la Escuela de Ingenieros, simultaneando sus estudios de alta Matemática con los de Filosofía y Letras, obteniendo cuando tenía dieciocho, en 1847, el título de Regente de Lengua Árabe, análogo al actual de licenciado para poder ser catedrático de Instituto. Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos en 1851, hace después la carrera de arquitecto para finalizarla en 1855. Al mismo tiempo, y en los

años subsiguientes, cursa otras disciplinas universitarias no por adquirir nuevos títulos académicos, sino por ampliar el círculo de sus trabajos científicos y literarios mediante la base indispensable de concienzudo historiador, geógrafo, arqueólogo, etc. En la historia de la Universidad española no se conoce un caso como éste de pluralidad de cultura. Excepción hecha de la Facultad de Medicina, se sentó en los bancos de todas las cátedras, y en todas ellas alcanzó grados docentes de alta puntuación. Lo sorprendente es que compartió dichos estudios con las funciones de importantes cargos oficiales : ingeniero de la provincia de Soria, director de los Ferrocarriles del Noroeste, profesor de Mecánica Aplicada en la Escuela de Arquitectura y de Proyectos en la de Caminos.

Siendo casi un adolescente, recién hecho ingeniero, logra determinar con maravillosa exactitud el emplazamiento de la heroica Numancia, lo que le vale el sillón de los inmortales en la Academia de la Historia. Escribe por entonces su obra magnífica : « La Vía Romana de Uxama a Augustobriga », en la que sabe unir lo técnico de la ingeniería con la erudición arqueológica. Al mismo tiempo que salen de la imprenta sus « Lecciones sobre resistencia de materiales », lo hace otra obra prodigio de erudición y belleza expositiva : « Escritos de los musulmanes sometidos al dominio cristiano ». También son de tipo literario los titulados : « La mujer leonesa », « La invasión de los árabes en España », « Idea de los antiguos sobre la tierra atlántica ». En todos ellos se demuestra su dominio de la Retórica como escritor castizo que conoce como pocos el idioma castellano.

Una de las últimas veces que acompañé a mi maestro Cajal en el clásico Café del Prado, allá por el año 1920, le encontré leyendo el discurso necrológico de don Eduardo Saavedra pronunciado por Gómez Ocaña en la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Al sentarme a su lado cogió con la mano el ejemplar del grueso folleto y dando con él unos golpecitos sobre la mesa, me dijo : « Esto es lo mejor que ha hecho don José, se lo voy a dejar para que conozca una de las vidas más gloriosas y rigurosamente científicas que han brillado en nuestra patria; cerebro polifacético, cuatro veces académico; pero académico por derecho propio que cultivó todas las ramas del saber ». Jamás le había oído yo expresarse con semejante entusiasmo respecto a nada y a nadie; nuestro gran Premio Nobel era habitualmente parco en palabras y elogios, había llegado a la serena situación psicológica de poder mirar las cosas y las personas por encima del bien y del mal.

No fue don Eduardo Saavedra el único polígrafo de su tiempo, pero superó a todos por la amplitud de sus conocimientos : de las Ciencias a las Letras; de la improvisación periodística al libro saturado

Noviazgo entre Dios y la Anarquía

EN nombre de la tolerancia, ya llega a predicarse eso. Y, curiosos por conocer el resultado de esta extraña propaganda, ahí se nos tiene aguardando a que salga el primer anarquista vestido de cura, o viceversa.

Indudablemente, si hay algún chiflado que se le ocurra proclamarse anarquista con inclinaciones proster-nativas, no seremos nosotros quienes se lo vayamos a impedir. Cada loco



con su tema y cada rascador con su eczema. Pero me figuro el asombro de algún secretario de la FAL... italiana, pongamos por caso, puesto en la obligación moral o celestial de tenerle que librar carnet al compañero 'sacristán del templo de la esquina.

Hasta aquí el misticismo anarquista llegaba a comprenderse. Lo que resultará de difícil comprensión, es que la mística libertaria tenga que des-

de doctrina. Se ve que su cerebro poseía condiciones especiales para poder asomarse a cuantos ventanales pudiesen satisfacer su curiosidad y afán de saber. Ahora que tan de moda se han puesto los artículos y conferencias de vulgarización científica, bueno será recordar que nuestro primer divulgador de los adelantos del siglo XIX, fue él, que en las colecciones de la « Ilustrada Española » y en los « Lunes » de « El Imparcial » prodigaba su firma. Y todo ello en un léxico rico, frases de gran propiedad, exposición metódica y precisa en que las ideas se ordenan y suceden encabezadas por cláusulas pequeñas según corresponde a un pensador reflexivo y de bien razonado discurrir.

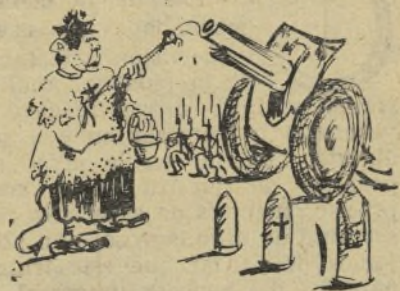
DR. J. ALVAREZ SIERRA

cender, poquito a poco, hasta el bajo fondo clerical. ¿Que en religión existen esencias inextingibles? ¿Qué Cristo fue un anarquista inmejorable? ¿Que el clásico «Ni Dios ni Amo» puede trocarse por gaje de modernidad, en «Con Dios y sin Amo» Papparuchas, niebla, nada. Hace dos mil años que los abogados de la esclavitud convienen en aquello y los carneros les salen estupendos. Aún hoy, la pretendida vigencia del Evangelio les es tan necesaria a déspotas y esquiladores de pueblos como a Franco la pervivencia del régimen staliniano.

Misticismo es voluntad extremada, arrobamiento por una idea. Si bien ocurre que el místico del Porvenir sigue el camino del horizonte, en tanto el creyente en dioses naricea el suelo husmeando su propia tumba, creyendo que en esta su gusanera habrá para el cielo que los pillos le hurtaron en la tierra.

¿Morir para gozar? ¿Sufrir para admirar? A ver, compañero sindicalista, añade eso detrás de lo que reza: «La unión hace la fuerza», a ver si pega, o si los consocios nos pegan, o si los compañeros obispos nos la pegan.

Si una entidad está completamente libre del prejuicio deísta, esa es la nuestra. Pero ahora la sacrosanta tolerancia de alguien sugiere la libertad de cultos en nuestros medios. Si



la ocurrencia obtuviera predicamento, el anarquista ateo confraternizaría con el fanático religioso con tal de que éste se proclamara también anarquista. Puntos de contacto, claro que los habría, mayormente entre manos y mejillas, entre zapatos y posaderas. Porque aún no se ha aclarado lo de si Dios es Cristo, o si Dios se sienta en la mesa de los ricos, o si Dios es hijo de padres desconocidos (lo cual se asemeja a un agrio insulto) o si Dios es un supremo hacedor de milagros, entre ellos el de eternizar la existencia del capitalismo para fastidiar a los sufridos. Sin Pan y para acreditar el «siempre habrá pobres y ricos», que dijera el sermonero de la montaña.

Abramos la puerta de nuestra casa a la beatería, al frailismo y al cardenalismo «anarquistas», y habrá que pensar en la restructuración de nuestros sindicatos y de nuestros grupos y en fundir «Las doce pruebas de la inexistencia de Dios» de fray (digo!) del compañero Sebastián Faure, con el «Dios inmutable» del compañero (predigo!) del padre Claret.

Por Alá, por Buda y por el Dios de Cafrería (cuyo nombre de momento desconocemos) que la idea de clericalizar nuestros medios no prospere. Que no tengamos que apostolar a Kropotkin, ni canonizar a Anselmo Lorenzo, ni rezar por el alma de Mateo Morral. Que no se nos ocurra confundir «La conquista del pan» con el «Kempis», ni la «Historia de la Anarquía», de Max Nettlau, con «El martirio de los santos». Que los hados nos preserven de acudir a las reuniones a toque de campana y de confundir la luz del sol con el débil y oscilante llameo del cirio.

Y que el deseo de parecer originales se aleje de nosotros para siempre jamás, amén.

J. FERRER



EN NUESTRA TIERRA DE UTOPIA

DESPUES DE COMPRENDERLO

«Juventud, divino tesoro», ha dicho el príncipe de los poetas del nuevo mundo. De ella poco podemos agregar los hombres que nacimos con el siglo, preocupados por una asombrosa experiencia. Los años juveniles absorbieron nuestras ilusiones por la realización de ideales que nutrieron las raíces de la esperanza. El progreso se presentó a nosotros como una carrera sin altibajos de lógica.

El movimiento político conmovió las sociedades que, por artificio del ideal, era posible transformar al conjunto de la imaginación. El glorioso y asombroso siglo XX, que nos empujaba hacia adelante, siempre adelante, nos arrullaba en brazos de la buena voluntad, en aquella edad en que no hay dificultades. Y a lomos de sus prodigiosas iniciativas crecimos con las corrientes de su pensamiento pletórico amasadas en el portento de cuantos descubrimientos se fueron sucediendo en la ciencia, la técnica, la economía, el arte, la filosofía en medio de las cuales se formó nuestra cultura.

Atravesamos las etapas del nacionalismo, el fascismo, el comunismo y llegamos a 1962 montados en las ruinas de dos guerras ruinosas, los milagros de la radio, la televisión, la industria de los plásticos tributaria de las múltiples aplicaciones de los hidrocarburos, la fuerza atómica, los vuelos espaciales y el contacto de la mano del hombre con los satélites de nuestro globo.

Venimos de la antigüedad clásica atesorando los conocimientos de las culturas egea, cretense, micénica, ateniense. El alba de Roma, las civilizaciones aborígenes de egipcios, sirios, aztecas, mayas e incas nos siguieron de tan cerca en un trotar de cinco mil años y devorando sentimientos religiosos que no podíamos desconocer, formaron nuestra personalidad y abrieron el horizonte de la tierra para las más inaccesibles acepciones. La física de Newton, la biología de Lamarck, la teoría de la evolución de Darwin en aquel principio de la incertidumbre entre las palabras de dios y del hombre, nos enfrentó seguidamente con Galileo, Espinoza, Copérnico, Descartes y Pascal, que sirvieron de alimento en busca de lo inhallable.

Absortos ante tales prodigios, luego de asimilar cuanto Grecia nos ha regalado en bondad y armonía, estuvimos a punto de encontrar la verdad en la ilustración de los hombres del Renacimiento que nos plantaron frente a principios y consecuencias definidas trescientos años después en el gran acontecimiento de la revolución francesa, el avance de la maquinaria industrial, la telegrafía sin hilos, el teléfono y sus hermanos imaginativos como la luz eléctrica, la máquina de vapor. La técnica moderna nos identificó con la genética, la cibernética, el automatismo. Y hoy, a través de las ondas sono-

ras y de las hormonas, nos habla ya de la eredina como una posibilidad de evolución mental hacia la creación de un animal superior obtenido de laboratorio por hibridación química que podría distinguirse como robotcántropo.

Negando primero —y aceptando por comprobación científica después—, comprendimos las transformaciones de las sociedades, la formación y derrumbe de los imperios, las luchas de los pueblos para encontrar una estabilidad a sus afanes. Asistimos al descubrimiento de la Tierra con sus climas dispares y remotos, la erección de ciudades y desaparición de otras, la revolución en el sistema de transportes terrestres y aéreos, movimos por fuerza hidráulica, energía eléctrica, el motor a explosión y comprendimos la gran importancia de los subproductos del carbón y del petróleo que hacen rodar la imaginación a través de las tierras, mares y cielos sin los cuales quedaría a oscuras nuestra civilización creadora.

La biología nos identificó con el mundo de lo infinitamente pequeño hacia la formación del universo. La física nos descubrió a nosotros mismos, en esta caparazón que presentamos, haciéndonos comprender por qué circulamos rectos y cómo, mucho antes de la simple nebulosa, ya la vida era un noble concepto, más antigua que la existencia animal propiamente dicha y nosotros un minúsculo producto carente de significación en el concierto universal.

Todo eso y más aprendimos en lo que va del siglo —y que nos valoriza por haber digerido esos conocimientos—, remolcándonos a una creación de sueños que deja muy atrás las concepciones poéticas de Bión, Hesíodo, Homero y el entendimiento de Pitágoras y Euclides y la genealogía descendiente del pensamiento griego que nos atrapó en sus redes a lo largo de la historia, considerándonos como imperceptibles infusorios ante lo mucho que nos queda por aprender en un deambular entre selvas, desierto y ciudades para entender noumenos y especulaciones de la filosofía contemporánea, que se enfrentan a nosotros, riéndose de nuestra pobreza mental, pese a lo creado, a ese patrimonio que tenemos por tesoro de la cultura. Qué podremos ser, cómo concebir la civilización del año 2.000, que ya nos abre sus puertas, tal el dilema de la Esfinge que no alcanzamos a descifrar.

SEGUIMOS ERRANDO EL CAMINO.

Hasta aquí, el mundo ha colaborado con nosotros. Y hora será entonces que le devolvamos algo de lo que tan pródigamente recibimos. Por lo pronto, los materiales de que disponemos, la ciencia, las artes, las necesidades que vamos creando a diario por virtud de un mayor contenido de satisfacciones;

la industria de los plásticos que nos encandila, los antisépticos y antibióticos —producto de ese trabajo silencioso de laboratorio donde millones de personas actúan pacientemente en un mundo desconocido— toda esa labor conduce a alargarnos la vida. Y nos permite dar un pasito más adelante, superando apremios económicos, ambicionando otras inquietudes propias de la vida moderna.

Pero proseguimos alimentándonos de carnes, cereales y vegetales, en cantidades tan voluminosas y tan pobres para nutrir nuestro organismo que ignoramos si son los más adecuados. Por la abundancia y encontrarse al alcance de la mano, nos servimos de ellos en despiadado derroche y en algunos casos hasta los dilapidamos, olvidándonos cuánto cuesta un trozo de pan y de carne puestos en nuestra mesa. Porque la mesa de un artesano consciente, de un letrado o de un capitán de industria en nuestros días simboliza el grado de democracia, de libertad y de civilización por las que nuestros abuelos lucharon. Y ese disfrute, cuando excede los límites satisfactorios, tiene que ruborizarnos al pensar que en otros pueblos y naciones, donde el hambre milenaria hace estragos inmisericordes, carecen de los más elemental para subsistir.

Tal como llevamos encaminada la trayectoria social, política y económica —con qué quebrantos, disputas y tragedias que fácilmente pueden desencadenar en otras guerras, haciéndonos avanzar o retroceder varios siglos—, nos obliga a la reflexión acerca de cuál podrá ser el nuevo orden de la vida futura en este juego de pasiones y necesidades que ante nosotros pone el destino.

Actualmente el mundo entero cuenta con 3.000 millones de habitantes, una cuarta parte de los cuales goza del privilegio de una defensa llevadera. En el año 2000 seremos 7.500.000.000 personas que aspiramos al disfrute de tales comodidades. Actualmente producimos apenas para mantener un nivel standard en algunas comunidades y nos desenvolvemos en una economía de guerra almacenando alimentos, retaceándonoslos a otras porque no disponen de medios para pagárnoslos a los precios que nos permitan, a europeos y americanos, esos pequeños lujos que nos estamos dando merced a un trabajo llevadero en el marco de la civilización, divertimos y dormir sin mayores preocupaciones. Pero en otros extremos de la tierra hay seres que pelean y se despedazan para conseguir el acceso a los depósitos y almacenes que nosotros les tenemos cerrados. Y procedemos de ese modo para disfrutar de los prodigios de vestir, pensar, asearnos, pintar nuestra casa y dentro de ella, amparar nuestra familia, tomar contacto con el mundo exterior a través de la radio y la televisión y observar cómo el hombre se va desplazando de su medio moral, de su centro de gravedad como representante de la creación y se entretiene en el aventurado ejercicio de ser lanzado al espacio, dar vueltas a la tierra y regresar para la satisfacción de traernos el mensaje de lo desconocido en ese gemebunda y silente oscuridad inmediata al traspaso de la capa atmosférica.

Entre tanto, o sea, en los próximos 14.000 días el mundo experimentará un aumento del 150 por

100 de la población. Cada hora que trascurra somos 5.000 personas más que están pidiendo tomar parte en el banquete de la vida. El continente asiático integrado por la raza amarilla que hoy está constituido por 1.500.000.000 de almas, el año 2000 contará con 3.900.000.000; es decir, que superará en 1.000.000.000 la población actual del mundo desde la prehistoria hasta nuestros días.

TENDREMOS QUE RECOMENZAR

Con nuestra lentitud de movimientos, el pasado encadenamiento de la riqueza, prejuicios y principios que retrasan el acelerado progreso que aquellas entidades nos reclaman y aun asistidos por la técnica, hoy mismo tenemos graves complicaciones para entendernos los 3.000.000.000 de personas que actuamos en este concierto. Bien estará que reflexionemos respecto del mañana cuando seamos 7.500.000.000 para comprendernos mejor. Sin embargo, a este paso todo indica que los problemas pueden complicarse más todavía a no ser que el milagro del uso de la razón, el buen sentido común y el ingenio científico vengan rápidamente en nuestro apoyo.

Cierto que con nuestro pobre cerebro traemos el mundo al revés. Con tan corto antecedente histórico durante el cual aprendimos tan poco, tal vez podamos atribuirlo a esa deficiencia la circunstancia de no haber puesto orden en las cosas de la tierra. Mas, a tenor del crecimiento de población y sólo para mantener el mismo índice actual de bienes de uso y abuso, tendremos que desarrollar un esfuerzo equivalente al mismo 150 por 100 de capacidad imaginativa, científica, estudiosa y productora indispensables para cubrir el déficit inmediato. Pero la velocidad del tiempo es pasmosa y ya está aguijoneándonos. La ciencia, la cultura, el entendimiento no evolucionan tan rápidamente. La humanidad actual ha necesitado 6.000 años de trabajos forzados para elaborar nuestra mentalidad y vemos que no está preparada para impulsarla a golpe tendido de caballo árabe en los próximos 500 meses.

Lo que tenemos es obra de músculos y pulmones, de inventiva muchas veces artificial y sin lógica. La producción de alimentos extraídos del suelo ya no alcanza para una dieta seminormal si la distribuimos entre la población del globo. Las tierras actualmente en cultivo intenso, con la técnica y medios de labor que poseemos, ofrece pequeñas perspectivas de solucionar el problema, si la revolución mecánica no atruena nuestros campos, valles, y hasta desiertos, con sus ruidos motores. Las fuentes de recursos minerales con fines de industria se realizan con métodos clásicos, muy anticuados. Sólo las explotaciones petrolíferas van en aumento incesante para mantener en movimiento la fuerza energética, perforando la corteza terrestre de suelos y mares. De lo contrario, si no descubriéramos sucedáneos rempazantes para permitir el movimiento impulsor de nuestra vida material e industrial, no será improbable que tuviéramos que volver al carro de ruedas y al trineo.

En tanto nosotros descansamos, cientos de millones de personas se desgañan por encontrar un lugar al sol. Y escuchamos el lamento monacorde del huir de ese submundo dentro de cuyas fronteras geográficas no procuramos un lugar para ellas, olvidados de nuestra bondad y generosidad espirituales. Es verdad que, aun con todos los errores, vivimos un silencioso período revolucionario sin sangre por la carrera veloz que impulsamos a nuestro saber y energías. No menos cierto es que disponemos de bombas atómicas y otros medios defensivos para enfrentar al que se atreva a arrebatarnos este pobre pedazo de pan y las mínimas comodidades de la democracia. Sin embargo, el crecimiento inusitado de la naturaleza nadie podrá detenerlo. Y el continente asiático —hoy enjaulado en sus fronteras empobrecidas— se desborda para alcanzar suelos ricos, tierras profundas para cultivos de donde extraer alimentos y satisfacer la primera condición animal de una superpoblación de 2.400.000.000 de habitantes que tendrá el año 2000.

COMO ENCONTRAR SOLUCION.

Europa, ya harto saturada, apenas si podrá alimentar a sus 592.000.000 de personas realizando un gran esfuerzo de ingenio, pues contará entonces con 150.000.000 de población superior a la actual. El Africa, en tan corto período —y a fuerza de apremios acelerados, industrializándose velozmente—, tal vez logre alimentar el índice de 270.000.000 más de habitantes que tendrá entonces. Solamente América, que hoy cuenta con 373.000.000 de personas y al año 2000 tendrá 904.000.000, no encontrará dificultades para alimentar 530.000.000 más de población, sino que al propio tiempo, a lo largo de su perímetro geográfico, podrá dar asiento a un contingente muchísimo mayor del alud emigratorio que no permitirá absorber la capacidad de Oceanía.

Cada día que pasa, trabaja en ese sentido. Y nos acerca al desenlace fatal en que va desembocando el movimiento de rotación y traslación del universo humano, tangible y exacto como una ecuación matemática. Esa es la incógnita que asalta al poeta y al profeta con afán de mitigar los efectos de ese inframundo que se mueve bajo nuestros pies, si atendemos el lenguaje inequívoco de la estadística.

Por lo pronto, mantener en nuestros días el equilibrio de fuerzas defensivas entre ambos mundos políticos, exige un esfuerzo anual que sobrepasa los 180.000.000.000 de dólares. Supuesto que ese gasto se mantenga inalterable en el curso de los inmediatos 38 años de paz, el gasto por ese concepto ascenderá a la astronómica cifra de 6.840.000.000.000 de la misma moneda, si bien todo indica que será superada en mucho a medida que la técnica vaya exigiendo remoción del material defensivo, por otro más moderno, complicado y costoso.

LO QUE NUESTROS MAESTROS OLVIDARON

Mucho tendremos que imaginar cómo nos despertará el año 2000, supuesto que alguno de los hijos del siglo podamos asistir a ese advenimiento. El buen Lucrecio y el abuelo Tomás Moro, así como

los ungidos celestiales Savonarola y Campanella y los insignes Juan Grave, William Morris, Bellamy y Esteban Cabet nos enternecieron con odas y relatos tan próximos a nuestra realidad interpretativa que aún estamos escuchando, enseñándonos el camino menos pedregoso hacia este refugio del alma humana. Algunos han confiado en la ciencia empírica y otros agitaron nuestros sentimientos dormidos y emociones que hoy acaparan principios tradicionales, costumbres y necesidades orgánicas apremiantes que minimizan al hombre expresado en minúsculo engranaje de nuestra civilización. Pero una verdad indiscutible es que pretendieron un mundo sencillo, sin complicaciones, movido por la fuerza de la buena voluntad. Pero nos dejaron a mitad del camino, abandonados a nuestra suerte, considerándonos mayores de edad como para defendernos y abrir las puertas del horizonte al ideal.

Es bien probable que el año 2000 agregue notas distintas al pentagrama musical. Lo que hoy negamos a ojos cerrados, vaya perfilándose en nuestra inteligencia como algo admisible y aceptable en el marco de la realidad. El pensamiento se ha quedado detenido, en compás de espera, en tanto se deshace el hechizo para poder responder al porvenir. Pero ya estamos aprendiendo un lenguaje nuevo, una forma de expresión y construcción idiomática que obliga al individuo a cultivarse, a lavarse con los aceites del futuro y sumergirse en el océano de la fantasía para desentrañar el misterio de la poesía que ya se anuncia en jerarquías fecundadas de signos atlánticos y profesiones ebrias con sus calderas de trópico jalonadas de música. Nos habla en 1962 de la flora numérica, del abuelo vencedor de tormentas, conocedor de las catástrofes, cazador de las cavernas, amigo del venablo y de la flora, creador de vasijas, vestido con la angustia de apellidos propietarios enterrados entre los dolores que nos crucifican. Y nos presentan el viento gladiador aboliendo pelucas de generaciones guadañadas entre instrumentos de polvo y hemorragias tuteando luciérnagas como romances de monopolio bancario, y del niño capitán de cereales, nieto de finanzas y átomos protegidos por la ventura eléctrica del cobrador de contribuciones.

Esta ya es una realidad como un rezo o como un beso, en la que no toma parte la ciencia comprometida, confiada como está en que para entonces ya se habrá explorado los fondos oceánicos y descubiertos los tesoros naturales allí depositados —a los que hasta hoy no hemos podido tener acceso— a partir del enfriamiento del globo. Y espera que tanto los productos como los minerales que podrán extraerse de ese mundo subterráneo, podrá hacernos felices a todos aun durante muchas generaciones, si asociada a iniciativa sometemos a cultivo intenso los páramos y cordilleras para la producción de cereales y tejidos animales que sólo crecen a superficie.

Se trata de evitar con ello que nuestro sistema digestivo se achique sobremanera, alimentándolo solamente con vitaminas en grajeas, pues contando entonces con medios atómicos de traslación de un extremo a otro, las extremidades pueden entume-

ERASE un abogadillo provinciano al que entró, tarde, y como contagiado de enfermedad general, la comezón política. La abogacía era ya profesión de escaso provecho y de muy poco lucimiento. Aunque las gentes seguían disputando por los mismos intereses — él no los llamaba mezquinos — y matándose empujadas por las mismas pasiones, era difícil sobresalir en su ejercicio: ni en allegar riquezas, ni en conquistar fama.

Fue a la política en busca de aquello que la abogacía le negaba. Por su gusto — no en vano tenía sus letras — se habría alistado en uno de los partidos gubernamentales. Pero habría vegetado en él, en los últimos rangos. Los primeros estaban ocupados, y otros hombres, llegados antes que él, esperaban sustituir, cuando desaparecieran, a aquéllos que los ocupaban. Ingresó, no había remedio, en un partido de oposición.

No sin repugnancia. Sabía que le esperaba en él: roce y trato con personas ineducadas, cuando no groseras: obreros, en su mayor parte, mal vestidos, a los que tendría que sonreír, a los que tendría que dirigirse como a sus iguales. Sacrificio inaudito, si no tenía recompensa.

Pronto descubrió que la recompensa no vendría fácilmente. También allí los primeros rangos estaban ocupados. Podía, desde luego, desbancarse a algunos de sus ocupantes. Era cuestión de competir con ellos en demagogia. Tarea, aunque hacadera para un abogado — se lo confesó —, a la que tendría que acostumbrarse.

Se acostumbró en pocos meses. Y en el primer gran mitin en que tomó parte, logró ya distin-

cerse y será necesario enriquecer el organismo con células para que la transformación se opere lentamente. La rutina diaria será bien distinta a la presente, ya que el automatismo dejará al individuo en disponibilidad para consagrarse a otros fines de bienestar común. Por vía del estudio intensivo y de los ejercicios físicos a que será sometido el organismo humano, el cerebro se irá desarrollando proporcionalmente. Y habremos desterrado, por tales medios, las penurias del infortunio humano.

La función de la burocracia administrativa será transferida a las máquinas electrónicas y el esfuerzo muscular ha de ser reemplazado por la técnica mecánica hasta en sus mínimos detalles. Los ejércitos podrán ser desmantelados y sus cuerpos técnicos se dedicarán a la construcción de ciudades, vías de tráfico y de tránsito. No existirán abogados porque no tendrán pleitos en qué litigar. Se habrá alcanzado constituir la República mundial, sin función política de sector ni partido, al punto que el mismo cargo de presidente será cubierto por licitación periodística y mediante presentación de limpio curriculum vitae de sus aspirantes...

A todo esto y mucho más podrá conducirnos los tiempos futuros, cuyo ideal arrojó en preocupaciones los tiernos sueños de nuestra edad formativa y que a partir de ahora entre en la etapa de la segunda juventud.

CAMPIO CARPIO

VERSIONES

EL

guirse. Faltaba el trabajo porque los gobernantes, a los que no quería calificar, de nada se preocupaban, y menos que de nada, de las necesidades del pueblo. Allí estaba el país esperando ser cruzado por caminos y canales, y por ferrocarriles. Allí estaban los montes incultos esperando ser poblados de bosques. Allí estaban los ríos, a lo largo de kilómetros y kilómetros no unidas sus orillas por ningún puente. Trabajo, más que sobrado, para todos. Trabajo, que quiere decir bienestar, riqueza. Podíamos vivir en un país próspero. Vivimos en un país miserable. El día que las riendas del poder caigan en nuestras manos, que son las manos del pueblo, y en las únicas que deben estar, nuestro país tomará la senda del progreso, que ahora no sigue, que ahora diríase huya de ella.

Nadie dudó, terminado el mitin, de que en cuanto hubiera elecciones el abogado obtendría número crecido de votos: se le había aplaudido más que a ninguno de los otros oradores. Por su parte, rebotaba de satisfacción y se veía ya diputado. No había equivocado el camino, no. Le esperaba, si no tan pronto como había pensado, muy pronto, fama y honores. Y provecho, no había que decirlo. De eso no se habla.

Fue elegido en las primeras elecciones, como nadie dudó, y como él esperaba, diputado. Otros mítines, a los que tal vez no habría sido invitado por los oradores, pero en los que los oyentes era seguro habrían reclamado su presencia, acrecentaron su prestigio. Pocas veces orador alguno había interpretado tan bien las necesidades del pueblo. Ni había encontrado, para ellas, tan fácil remedio. Era cierto cuanto decía. No había más que ponerse a trabajar para que hubiera trabajo. Con unos pocos hombres como él, apenas quedaría problema no resuelto. De todos, de todos tenía idea clara, y para todos tenía solución. No se solucionaban, era evidente, como él afirmaba, porque los gobernantes no querían. Ocupados en quién sabe qué.

Su entrada en las Cortes causó al abogado espanto. Se hablaba allí de mil cosas de las cuales no tenía noción alguna. Los ministros, a los que

ALTA POLI

«La razón y la experiencia nos enseñan que el hombre que se halla armado no obedece con gusto al que está desarmado, y que el amo desarmado no se encuentra seguro entre sirvientes armados.»

por DENIS

DIPUTADO

tanto había censurado, le parecieron hombres superiores. Contestaban con desenvoltura a todos los diputados, y sobre todas las cuestiones. Como si las conocieran todas, como si las hubieran estudiado a fondo, todas. A veces, algún diputado intentaba insinuar que el ministro hablaba por hablar. Un alud de protestas caía sobre él y le confundía. Nadie sabía nada allí, salvo los ministros. Cualquiera que fuese la cosa que se discutiera, salían de la disputa airoso. Y sus adversarios, confusos. Insistían éstos, al día siguiente, en sus puntos de vista, con argumentos que parecían nuevos, pero que eran los mismos: solamente apoyados por citas, en multitud, allegadas en las pocas horas transcurridas vaya usted a saber dónde. Los ministros no dejaban de sonreír ante aquel aluvión de datos, o de números, o de estadísticas, como desde una altura inaccesible. Parecían saberse de memoria cuanto oían, y no atribuirle la menor importancia.

«Haré aquí un mal papel — se confesó, no sin vergüenza —. El camino que juzgué se me abría se cierra. ¿Qué voy a decir yo de instrucción pública, por ejemplo, cosa de que nunca creí tener que ocuparme? Decir que se construyan escuelas no es bastante. Eso estaría bien en un mitin. Aquí, sería ridículo. ¿Dónde están los maestros para las escuelas que se construyan? Un maestro no se improvisa. Se pueden improvisar, sí, los títulos de maestro: no los maestros. Tendríamos escuelas para nada. ¿Qué voy a decir, si rehuyo la instrucción pública, de política internacional? Nada, nada puedo decir. Ni de hacienda, ni de industria, ni de comercio. Acaso, un poco, de justicia, por el oficio. Tendré que ponerme a estudiar, yo que creí haber dejado para siempre los libros en reposo, yo que creí no tener necesidad de ellos ya.»

Poco a poco el espanto del abogado fue pasando. Atento, atento por su temor de tener que abandonar el camino emprendido, en el que tan espléndida cosecha esperaba, fue descubriendo que eran raros los diputados que no se hallaban en su caso; y los ministros. Todos, diputados y ministros, tenían vagas, muy vagas ideas de aquello de que se ocupaban. Salían del paso, unos y otros,

TICA BAJA

«Por ende, es necesario que un príncipe que de-see mantenerse en su reino, aprenda a no ser bueno en ciertos casos, y a servirse o no servirse de su bondad, según las circunstancias lo exijan.»

MAQUIAVELO

como podían. Todo era en ellos, más que conocimiento, palabras. El que hablaba mejor, cualquiera que fuera su conocimiento, parecía tener razón, aunque no la tuviera. Los ministros eran ministros porque hablaban bien, únicamente porque hablaban bien, únicamente porque hablaban bien. Y la práctica, el tener que hablar diariamente, les había adiestrado en la tarea de hablar: hasta un punto realmente asombroso.

Pero aquí el abogado estaba en su terreno. También él hablaba muy bien. Se lo dijo a sí mismo, contento, contento.

Había transcurrido ya un mes desde su entrada en las Cortes, y ni una palabra había pronunciado: observaba, observaba, con los ojos muy abiertos. No le era necesario observar más. Sabía ya a qué atenerse. Y justamente el día en que, convencido de saber ya a qué atenerse, llegó a las Cortes sonriente, sonriente, desechado todo temor, se encontró con que se discutía el problema agrario, grave, grave. En toda la superficie del país los campesinos arrastraban vida angustiosa. Pidió la palabra, un poco tembloroso. No seguro aún de tener que hablar aquel día, no sospechando que se había de discutir cosa en que su intervención la juzgaba fácil, ningún apunte tenía ante sí. Titubeó, unos momentos, cuando le llegó el turno y se puso en pie. Unos momentos, solamente. Pronto cogió las bridas a su oratoria, torrencial. Más de una hora duró su discurso. Interrumpido, no pocas veces, por los miembros de la mayoría. Ni les miraba, entregado por entero a sus palabras, que surgían unas tras otras, bien encadenadas. Poco importaba, lo sabía, el fondo. Lo importante era la forma. Y no admitía, en este particular, lecciones de nadie.

Arrastrado por su elocuencia, y recordando cómo había obtenido el acta, proclamó: «El problema agrario es, de todos los problemas, el más fácil de resolver. Basta repartir las tierras de los latifundios a los campesinos — afortunadamente él no era propietario sino de una finca de pocas hectáreas —. Todo lo demás es perder el tiempo.»

Tuvo, la solución por él propuesta para resolver el problema agrario, mucho eco en el país. Y de ella hizo, después, tema de su nueva campaña electoral. Pero el país estaba ya, por el descontento, cuando la nueva campaña, revuelto, revuelto.

Acabó por generalizarse la revuelta. En no pocos lugares los campesinos, hambrientos — no faltaba quien consideraba eso una disculpa —, habían comenzado a repartirse las tierras de los latifundios, como si fueran suyas, como si no tuvieran propietario y como si no hubiera quien defendiera los derechos de los propietarios. Se extendió la noticia de ese hecho, como una epidemia, de un rincón a otro del país. Y aquí y allí se procedía, sin titubear, a hacer lo propio. Era el caos. Así lo juzgó el diputado, y se apresuró a huir al extranjero, temeroso, temeroso.

Y a un amigo, que volvía del extranjero y se encontró con él en la frontera, explicó:

— ¡Es el acabóse, es el acabóse! ¡Quieren llevar a cabo misión que era nuestra!

En defensa de la alegría

PRESIENTO la acusación de insistencia reiterativa en los mismos temas que, seguramente, caerá sobre mis espaldas por llevar una vez más a la prensa la figura del gran poeta Joan Salvat-Papasseit. Yo apuntaría, en mi descargo, que hay en la vida y en la obra de los personajes «que dejan huella» (siempre habida cuenta, claro es, de que su magisterio resulte positivo por razones de tiempo y de lugar) un fecundo cúmulo de sugerencias e incitaciones, para toda conciencia vigilante, que no debemos desaprovechar de ningún modo.

Quisiera, de entrada, señalar la encomiable labor de Ediciones Ariel, empresa que asume el honor y el riesgo de dar a la estampa, reunida en un volumen, la obra poética completa de Salvat, cuya próxima aparición, de ello tenemos ya pruebas evidentes, representará, pese a la muerte de su autor en 1924, muy luminosos horizontes para las más jóvenes y prometedoras avanzadas de nuestra cultura. Sólo un pequeño reparo, no precisamente por lo hecho, sino por lo que ha omitido, opondremos al meritorio esfuerzo de la referida editorial: no haber pensado en la conveniencia de llevar a más amplios sectores del pueblo la voz compañera y elocuente de Joan Salvat-Papasseit, a través de una edición «al alcance de todas las fortunas». Porque uno cree firmemente en el posible éxito popular de los poemas de Salvat, que, hombre nacido del pueblo, del pueblo recogió un acento vital y alegrísimo que, según justicia, al pueblo ha de volver. Por cierto que, a propósito de la invencible alegría que arrastra la voz de nuestro poeta hacia la rotunda bendición de todas las cosas, expone Joan Fuster, junto con un profundo conocimiento de las corrientes artísticas y literarias de nuestro siglo y otros muy certeros puntos de vista, una opinión que pudiera ser discutida, o, al menos, matizada en amistoso diálogo, para evitar una interpretación al pie de la letra que no creo aportase muchos beneficios a las jóvenes promociones. Joan Fuster viene a decir que, siendo el autor de «La rosa als llavis» más propicio, por temperamento, a captar la belleza del mundo que su fealdad y sus taras sociales, su obra, a fin de cuentas, se halla inspirada por un tono conformista. Estamos de acuerdo en los peligros que comporta el escamoteo y falsificación de la realidad, cobardemente maquillada en un clisé rosáceo y dulzón de «flors i violes i romaní», pero, a nuestro entender, no se da tal fenómeno en el poeta que nos ocupa.

No se puede afirmar, desde luego, que Salvat dijera todas las palabras que nuestro tiempo necesita; se lo impidió, por un lado, su temprana muerte, y, por otro, la época que le tocó vivir, en verdad

interesante y agitada, pero un tanto confusa desde el punto de vista ideológico. Pero, tengamos este fenómeno muy en cuenta, para su tiempo resultó atrevido hasta el punto de constituir piedra de escándalo; cuando la circunstancia se da en un escritor, parece erróneo considerarle conformista. Aunque no escapase al desorden mental, abigarrado y anarquista, padecido por tantos rebeldes ibéricos (de semejante **dolencia** no se libró por entero ni la ilustre generación del 98), bueno es recordar la furia jacobina de su libro en castellano «Humo de fábrica», fruto balbuciente de una juvenil protesta; el carácter combativo de las hojas volanderas que, con los títulos «Un enemic del poble» («Fulla de subversió espiritual»), se publicaron bajo su dirección; la vocación de poeta tribuno de la plebe que alienta en su «Manifest Futurista»; su canto, tan dentro de la línea que hoy sigue la mejor y más auténtica poesía social, a los trabajos y los días del pueblo, en ocasiones con el acento orgulloso (así en «Nocturn per a acordió») de quien procede de sus filas; su ya en sí verdaderamente revolucionaria hazaña poética, tal vez con parangón posible sólo en la obra de Walt Whitman (recuérdese «La rosa als llavis»), al descubierto, con rotundo acierto de hermosura, la noble castidad que alienta en el misterio del sexo. En lo que respecta a la fundamentalmente jubilosa inspiración de sus poesías, me atrevo a opinar que tal vez sea ésta precisámente su mejor enseñanza para los jóvenes escritores de nuestro país.

Para quien crea que la aventura del hombre es, en su conjunto, algo más que una funesta equivocación, no está nunca fuera de lugar el canto de alegría, siempre que, repito, no sirva el referido canto de cortina de humo frente al dolor y los entuertos que padecen los hombres, pecado en que no incurriría Salvat, en su doble condición de gran artista y guardián de madera en los muelles proletarios. La mejor, la sagrada rebeldía de los pueblos, la que lleva en sí la certidumbre de la victoria venidera, comporta siempre, pese al inevitable dolor del alumbramiento, el gozo de abrir un camino más en la historia. No, no caigamos en el grave error de confundir el noble inconformismo con la hipocondría y el resentimiento del pequeño burgués; ello podría llevarnos a un pesimismo y una desconfianza que, siniestro canto a la impotencia, a la larga prolongarían más de la cuenta nuestros males. Sin afirmar que sean de todo punto inútiles, hoy sobran plañideras en nuestro país. Como dijo, en lengua castellana, otro gran escritor español.

**«Triste guerras
si no es amor la empresa.
Tristes, tristes».**

Amigos, si, con palabras de Antonio Machado, «el mundo se esfuerza en ir para joven», no será congruente insistir mucho en el llanto estéril. Si el pesimismo llega al extremo de suponer dañadas las mismas raíces de la vida, ¿para qué, nos diremos, intentar mejorarla, si todo esfuerzo será vano? ¿No habrán abusado nuestros artistas y hombres de letras del hipócrita sermón farisaico, alegato del sombrío predicador del absurdo y la fealdad de todo, que sólo para él reserva el pedestal de la virtud? ¿No habrá, en determinadas manifestaciones de la cultura contemporánea, más que rebelión contra la injusticia, odio puro y simple a la imagen del hombre, arrojada por Samuel Beckett en «Fin de partida» al cubo de la basura y encarnizadamente perseguida, hasta la total eliminación en sus obras, por el arte abstracto?

Con los poemas de Salvat vuelve, sin duda, la imagen siempre antigua y siempre nueva del hombre, con su cortejo de amor, de cólera, de trabajo y de esperanza. Tanto es así, que José Guinovart, pintor que últimamente se inclinaba, al parecer, hacia el «no figurativismo», encargado de ilustrar esta nueva edición, en obediencia a la probidad artística que le imponía, en tal circunstancia, la fidelidad interpretativa respecto al mundo del poeta, ha vuelto a pintar hombres y mujeres, con alegre color, con trazo popular y expresionista que recuerda su época de pintor del campo, la fábrica y el suburbio (época, por cierto, que, asunto fuera de mi competencia, ignoro si fue mejor o peor que la actual; sólo sé decir que colmaba con generosidad mis exigencias de contemplador ingenuo y algo carcomido por la literatura). Bien, me doy cuenta de que, hablando de poesía, nos hemos ido a las artes plásticas. Ello, sin embargo, no nos aparta del meollo de la cuestión, que, al fin y al cabo, según ya dijimos, es el mismo que señalaba el viejo legislador catalán en el Código de Tortosa: «Puesto que ninguna cosa hay en el mundo tan digna como el hombre y que deba estar delante de todo, conviene empezar hablando del hombre.» Por otra parte, ante una posible renovación humanista de nuestra cultura, las artes plásticas revisten espe-

cial importancia si, como sospechamos, es cierta la más o menos tópica afirmación de que, para el catalán, predomina la plástica sobre las restantes corrientes estéticas.

En 1961 se saludó con gran alborozo, dedicándose todo un libro a este fin (1), la audacia del pintor Todó, el cual, sin que apareciese todavía la figura humana en sus obras, entraba ya en el mundo de la representación concreta, prohibido por la ortodoxia del «arte informal», pintando altos hornos, bicicletas y útiles de peón caminero. En 1962, bajo la bandera jovial de Joan Salvat-Papasseit, se adivina el retorno completo del hombre a la plena luz del arte, con paso decidido y cabeza alta. Quiero dar testimonio en estas páginas de dos artistas que han realizado ya tal «proeza», sin renunciar un ápice a cuanto pudo haber de fecundo en la aventura estética de nuestro tiempo: Agustín Río, pintor, con fuerza bondadosa y profundo conocimiento, de la misma vida sencilla que cantó Salvat, y el escultor Marcelino Giné, fabuloso mensajero de la más noble y desafiante belleza campesina. En esta tierra, cuyo idioma, según se ha dicho, es «pastoso como arcilla», vivido como paleta de pintor, receptivo como las quietas aguas de su mar», no es utópico se cumpla hoy mismo en el arte (¿qué menos se puede pedir!) la premonición de León Felipe, por vía más espectacular ya realizada por otros países en el mundo de la ciencia y la técnica:

«Les oirá la Luna
(zancos de mástiles
serán nuestros coturnos aquel día),
que correrá despavorida,
más pálida que nunca,
a despertar a las estrellas gritando:
El Hombre,
el Hombre,
ya viene el Hombre.»

ANGEL CARMONA

(1) «Tres ensayos polémicos sobre la pintura de Todó», por O. Bohigas, J. M. Castellet y C. Rodríguez Aguilera. Editor, J. Horta.



Galería de hombres ilustres

Eliseo y Elías Reclus

IN MEMORIAM

RECUERDO que cuando las fuerzas del fascismo español habían ya tomado Girona, siendo yo un niño casi, llegaba a la frontera de Francia por las proximidades de Port-Bou. Atravesé la frontera por la montaña. Cerca del límite fronterizo había esparcidos por el suelo los objetos más variados, abandonados allí por los que huían hacia Francia y, casi extenuados, no podían soportar más su carga. Con los pies llagados, hambriento y desfallecido, sentí gran lástima por no poder llevarme conmigo los voluminosos ejemplares de «El Hombre y la Tierra» (Ed. de la Escuela Moderna, versión española de A. Lorenzo, bajo la revisión del profesor Odón de Buen, Barcelona, calle de Bailén 56. Publicación de 1906 en seis tomos de gran formato), la obra magna de Eliseo Reclus, que algún lector reclusiano había abandonado allí probablemente. Luego pude leerlos en su idioma original, en Francia, en un pueblecito cerca de Reims, cuya biblioteca popular los poseía. Más tarde en América logré introducir la misma edición de la Escuela Moderna en mi pequeña biblioteca, comprada a un librero de libros usados a un precio desde luego un poco elevado para mis modestas posibilidades económicas. En buen estado, a los cincuenta y seis años de haberse publicado en España. De los otros libros de Reclus que pude procurarme cabe destacar los perdurables tomitos titulados «Lo Montaña» y «El Arroyo» (en ediciones americanas), como así «Evolución y revolución» (edición de lujo de Sempere, Valencia, sin fecha, pero probablemente a principios de siglo) y «Mis exploraciones por América» (editado por Estudios; de Valencia, sin fecha).

Hay personas que poseen tesoros materiales y de ello se sienten halagadas. Yo poseo también en buen estado los dos tomos que escribió el doctor Max Nettlau sobre Eliseo Reclus editados por la Revista Blanca de España, la magnífica publicación de la familia Urales. Mi última adquisición a base de intercambio de libros, ha sido la obra «Elisée and Elie Reclus: in memoriam», publicada el año 1927 en Estados Unidos y, a mi juicio, uno de los libros más valiosos de toda la literatura libertaria.

Su compilador, el artista libertario Joseph Ishill, ha sido biografiado en las «Memorias» de Rudolf Rocker (tres tomos de Americalee, Buenos Aires), en páginas que fueron transcriptas por mí en la revista CENIT de Francia. El humanitarista Eugen Relgis, rumano de origen como Ishill, le ha dedicado también algunos sueltos. Ambos conocieron en el lejano país balcánico a Panait Istrati Musciou, la figura libertaria de más relieve en aquel país, a menudo citado por Max Nettlau en sus estudios históricos (véase al efecto también

«Los libertarios en Rumania» del citado Relgis, ensayo ampliamente difundido tanto en América como en Europa).

Ishill nació en el campo allá en Rumania. Aman-te de la cosa impresa, siendo niño, al bajar un día a la ciudad, quedó maravillado ante la visión de una vieja imprenta en acción. Emigró a principios de siglo a Estados Unidos, donde ya anciano, sigue residiendo. Adquirió una vieja máquina de imprimir y de ella han salido (siguen aún saliendo) maravillas impresas en cuanto al arte de Guttenberg y en cuanto a su contenido. Una de ellas es este libro de tributos a los dos hermanos mayores de la familia Reclus, uno de ellos de tan amplia estima en los medios libertarios del mundo entero.

El libro va precedido por una introducción valiosa, rotulada «Reflexiones de un proletario» del propio Ishill, en la que éste cuenta cómo lo hizo. De oficio tipógrafo, trabajaba durante el día en Nueva York para ganarse el sustento. De vuelta del trabajo, luego de cenar, se acostaba para levantarse a medianoche y empezar a trabajar tranquilamente en él, hasta el canto del gallo y hasta que el traqueteo del primer tren de la madrugada que pasaba por un ferrocarril cercano, le indicaba que debía prepararse a tomar el desayuno y apresurarse hacia la estación para tomar su tren que lo conduciría al trabajo de la gran ciudad. Y así durante dos años hasta que lo terminó, en una edición limitada a doscientos noventa ejemplares. Cuarenta de ellos — entre los que se cuenta el mío — están impresos en papel Alexandra Japón, de calidad tan buena que puede durar siglos en circunstancias favorables.

Vienen luego los ensayos, tributos y apreciaciones de las siguientes personas: Paul Reclus, Elie Faure, prof. Albert Heim, E. Armand (verso), Jean Grave, Anne Cobden-Sanderson, Havelock Ellis, Pedro Kropotkin, Ch. Appunh, Henry S. Salt, Luigi Galleani, Dr. Pierrot, Bernard Lazare, François Dumartheray, Jacques Gross, A. Pratelle, Amy Putnam, Richard Heath, L. Zibelin-Wilmerding, Gustave Brocher, Nadar, L. Guérineau, Henri Sensise, Pierre Ramus, William C. Owen, B. P. Vandervoo, Edward Rothen, Prof. Patrick Geddes, Zamfir C. Arbore-Ralli, Dr. N. Roubakine, Luigi Fabbri, Jacques mesnil, Dr. Max Nettlau, profesor Paul Ghio, Therese Dejongh, Eliseo Reclus (sobre su hermano Elías) y Johann Mos.

Vemos ahora las no menos valiosas ilustraciones: Fotografías de Elías Reclus en Clarens (1880-90); de Zeline Reclus, la madre de los dos hermanos, tomada por A. Perlat; del pastor Jacques Reclus, padre de los dos hermanos, tomada por Bonnal; Elías Reclus antes de 1870, por Jamin; Eliseo Reclus antes de 1870, por J. H. Tourtin; Eliseo Reclus (1870-90) por Paul Reclus; el grupo familiar Reclus fotografiado en 1881, conteniendo treinta personas; Eliseo Reclus en Clarens, 1885, por Paul Reclus; Elías

Reclus y su esposa, por Paul Reclus; Eliseo Reclus, en fotografía autografiada para el profesor Paul Ghio (dice el autógrafo: «La lâcheté par excellence es le respect des lois», o sea, «la cobardía por excelencia es el respeto de las leyes», Elisée Reclus); Elías Reclus en Clarens (1880-90) por Paul Reclus; Eliseo Reclus en 1896, por Nadar; y una litografía del castillo de Vascœuil en Normandía.

Dibujos de Eliseo Reclus (frontispicio) por Maurice Duvalet; Eliseo Reclus por William Pogrebsky; dibujo de una de las tapas de un folleto de Eliseo Reclus, por Steinlen (en realidad del libro «Evolución y Revolución», publicado en folletos por «Temps Nouveaux» (Tiempos Nuevos) de Jean Grave); Elías Reclus por Maurice Duvalet; Eliseo Reclus por Theo. van Rysselberge; Elías Reclus por William Pogrebsky; y otra vez éste último por Luce.

Xilografías encabezando y terminando cada capítulo por el gran xilógrafo Louis Moreau, no ha mucho desaparecido en Francia; como así otras dos maderas grabadas de éste último sobre cada uno de los hermanos Reclus.

Facsimiles de cartas: una de Eliseo Reclus a Alfred Gietzen; y otra de Miguel Bakunin a Eliseo Reclus. Un facsímil asimismo de un manuscrito inédito de Elías Reclus.

A guisa de epigrafe un facsímil de la primera edición inglesa de la «Utopía» de sir Thomas Moore, como «Un mensaje inglés del Pasado» enviado a Ishill por Anne Cobden-Sanderson, el cual traducimos: «Para decir llanamente lo que hay en mi corazón, debo expresarme libremente ante ustedes, que mientras exista la más mínima propiedad, y mientras el dinero sea la medida de todas las cosas, no puedo de modo alguno creer que una nación pueda ser gobernada con justicia o felicidad.»

La parte primera, la de los tributos, contiene los siguientes ensayos, enumerados por orden, siendo sus autores los detallados ordenadamente más arriba: Unos pocos recuerdos de los hermanos Elías y Eliseo Reclus; Elías Reclus; Recuerdos de Elías y Eliseo Reclus; Eliseo Reclus; ídem; ídem; Elías Reclus; un Recuerdo de Eliseo Reclus; Eliseo Reclus; una Escuela de Libertad; Eliseo Reclus; ídem; Elías Reclus; Eliseo Reclus; ídem; Elías Reclus; Recuerdos de Eliseo Reclus; Eliseo Reclus; en Memoria de Elías Reclus; el Optimismo de Eliseo Reclus; Eliseo Reclus, un Gran Geógrafo; Reminiscencias de Eliseo Reclus; Eliseo Reclus y los lectores rusos; la «Correspondencia» de Eliseo Reclus; Eliseo Reclus; Eliseo Reclus y Miguel Bakunin; en Memoria de Eliseo Reclus; los hermanos Reclus y la Universidad Nueva; Elías Reclus (1827-1904), tributo póstumo de su hermano Eliseo; y Eliseo Reclus (corto tributo en idioma alemán de Johann Most, con su correspondiente traducción inglesa, la cual vertemos a continuación: «Eliseo Reclus... El mundo ha perdido en él al más grande de los geógrafos. El Anarquismo a uno de sus paladines más importantes. La Revolución Social a un combatiente de rara devoción y consistencia, a un mártir de sus convicciones y de su amor por la humanidad.»)

La parte segunda contiene extractos de corres-

pondencia de Eliseo Reclus a diferentes personas. Como parte tercera los siguientes trabajos de: Eliseo Reclus (El Gran Parentesco, El Arte y el Pueblo, El Futuro de nuestros niños, y, Anarquía); Elías Reclus (La Justicia en Francia); y por último del filósofo chino clásico (El Fin de la Guerra), adversario de Confucio y legendario, de existencia problemática, Lao Tsé.

Digamos aún que cada tributo va terminado con extractos de los escritos de ambos hermanos, impresos con un tipo pequeño. El tipo del texto es en general grande, muy legible e impreso a conciencia. Los títulos van impresos con tinta azul. Hermosas y grandes letras iniciales en cada iniciación de escrito, con tinta azul y fondo artístico en negro-blanco.

Cronologías bio-bibliográficas sobre ambos hermanos terminan el libro.

He aquí, pues, realmente, una verdadera obra de arte. Nos hemos extendido en el detalle para los bibliófilos y, también para resaltar la importancia de esta obra, con el fin de ser tenida en cuenta para una futura y probable publicación.

Los tributos son todos muy valiosos, hermosos y amenos. Algunos son de corta extensión, otros extensos. Destaquemos al que el propio Eliseo escribió sobre su hermano Elías; el del hijo de éste último, Paul Reclus, sobre ambos hermanos; y el importantísimo escrito por el Dr. Nettlau sobre Eliseo Reclus y Bakunin. En el del Dr. Nettlau, puede leerse la carta que Bakunin escribió a Eliseo Reclus (Lugano, 15 de febrero de 1875), considerada por Nettlau como el testamento político de Bakunin. De haber tiempo y espacio, estos tres ensayos se irán publicando en las páginas de CENIT.

El testamento del propio Eliseo Reclus (Elías solamente dejó un trabajo importante, traducido a varias lenguas, entre ellas la cervantina, y titulado «Los primitivos») puede considerarse su libro «Evolución, Revolución y el Ideal Anarquista» (los primeros editores españoles le cortaron el complemento «y el ideal anarquista», habiéndose seguido siempre la publicación del libro con tal defecto). Eliseo no creía que una revolución violenta abriría el umbral de un nuevo mundo, pero sí creía que era necesaria para avanzar la evolución en tal sentido. No era un pacifista anarquista en el sentido del anarco cristiano León Tolstói o del anarco-heleñista Han Ryner, pues su participación en la Comuna de París lo prueba. Por esta última acción fue encarcelado en los buques cárceles que fueron habilitados como prisiones en el puerto bretón de Brest.

La revolución sería, pues, algo así como el estallido violento y propulsor de la incesante evolución. Ambos fenómenos humanos deberían estar, por supuesto, orientados por el «ideal anarquista», pues de no ser ello posible, serían accidentes sin norte y estáticos, en el sentido de que no existiría progreso posible. Eliseo entendía y definía a la Anarquía «como la más alta expresión del orden».

Eliseo Reclus será recordado, asimismo, por su amor por la naturaleza, en el sentido que Manuel Devaldes (libertario desaparecido, individualista ácrata, creador de la tendencia del libertarismo

llamada «pacifismo científico»), denominaba «bio-estética natural». La naturaleza sin el Arte no sería nada más que caos. Devaldes lo especifica bien en su folleto «La Guerra en la Naturaleza». Claro que Eliseo Reclus no ha sido el máximo exponente del naturalismo libertario, honor que recae en el anarco-naturalista Henry David Thoreau, autor casi desconocido en castellano y que hemos tratado de hacerlo conocer a través de las páginas de CENIT. Las obras naturalistas perdurables de Eliseo son esas dos historias, la de un arroyo y la de una montaña. Bellas descripciones de la orografía y la hidrografía fluvial, «La Montaña» y «El Arroyo», perdurarán siempre en los medios libres y naturalistas. Sus otros libritos naturalistas («El Océano», «Nieves, ríos y lagos», «La Atmósfera», etc.) han sido ya sobrepasados por la actual documentación científica y, sólo merecen ser leídos a título de curiosidad. «El Océano», por ejemplo, no puede compararse con la excelente obra tan popularizada de la oceanógrafa estadounidense Raquel Carson, titulada «El Mar que nos rodea» (existe edición castellana publicada en México, Editorial Atlante, 1952). No dudamos que el propio Eliseo se hubiera maravillado ante la obra de Raquel Carson. En tal sentido ha sido también superpasada la hermosa «Geografía Universal», que también se publicó traducida en seis tomos, creemos que en Valencia.

Como trabajo etnográfico inspirado por el ideal anarquista, «El Hombre y la Tierra», será una obra perdurable. Una nueva edición debería ser remozada en los detalles geográficos, en los pictóricos (láminas y dibujos) y en algunos históricos dilucidados ahora por la incesante investigación geográfico-histórica. No olvidemos que tan magna obra fue obra de su tiempo, del siglo decimonono y, a mitad del siglo vigésimo, la acumulación científica ha sido asombrosa.

Todos los escritos anarquistas de Eliseo son perdurables y deberían ser reunidos en sendos volúmenes. El anarquismo reclusiano (que tuvo su cultor en el ibérico Felipe Alaiz), es eminentemente humanista, respetuoso por el concepto ajeno, comprensible ante la diferenciación y la diversidad humanas. Podrá encontrarse en CENIT el trabajo de Armand sobre Eliseo, cuando ambos solían verse en Bruselas: Eliseo consecuente vegetariano, tal vez más por respeto a la vida de nuestros hermanos los animales, que por creencia en la terapéutica o preferencia vegetales en la afirmación de la salud física; Armand, omnívoro, como lo somos la inmensa mayoría de los seres humanos. Pero am-

bos, amándose como hermanos por encima de las inclinaciones de cada cual. La amistad, decía Han Ryner, está por encima de las opiniones.

Entre las figuras precursoras del anarquismo, Eliseo Reclus siempre tendrá un merecido puesto de honor. Se destaca como uno de esos macizos del Himalaya o de los Andes, siempre puro e incontaminado. Por su posición científica, podría decirse que es el Darwin del anarquismo. Motivo de extrañeza ha sido para nosotros que en su país de origen, Francia, no hayan publicado los libre pensadores su biografía. Que la escrita por el Dr. Nettlau más arriba mencionada no haya sido traducida y publicada en la lengua de Molière. Eliseo es un pensador que debería ser conocido con amplitud en su lengua nativa y en su propio país. Las traducciones siempre son pálidos reflejos de los originales. Merece ser aprendido el francés con el fin solo de leer a Eliseo en el idioma de Molière.

En inglés tampoco Reclus es ampliamente conocido. Indudablemente, la obra bellísima del artista libertario Joseph Ishill, representa el más hermoso tributo dedicado a Eliseo, junto a su hermano Elías. Casi todas las traducciones fueron hechas por el Dr. Max Nettlau. Sin embargo, la biografía castellana de Nettlau tampoco existe en el idioma de Shakespeare. La obra de Ishill sobre los hermanos Reclus, si ello hubiera sido posible, se debería haber reeditado en numerosas ediciones de millares de ejemplares, por el bien de la educación de las gentes, especialmente de los jóvenes, a los que les cabe la tarea de sembrar ideas en la existencia que tienen por delante.

Mientras ello no sea posible, llamamos la atención sobre esta obra, que está depositada en las bibliotecas más importantes de Estados Unidos y algunos centros de Estudios Sociales y Universidades Europa. Su lectura será, no lo dudamos, de indudable provecho para los estudiosos. Toda ella representa material de origen, hoy difícil o casi imposible de procurarse. También hará conocer este trabajo, un poco más, lo esperamos, a la interesante figura de Joseph Ishill, el gran impresor libertario, autodidacta y artista, creador de obras de arte tipográfico que serán recordadas y anotadas por los estudiosos del futuro, como muestras evidentes de lo que puede el genio de un hombre libre, cuando está inspirado por un ideal libre, en el que la llama flamígera de los conceptos reclusianos arde sin cesar.

V. MUNOZ



El pensamiento anarquista

Aparte la influencia de Godwin en el andamiaje social de Owen tenemos, para ayudar al fortalecimiento de los cimientos anarquistas su insistencia en las asociaciones libres, la propiedad en común de los medios de producción, su interés manifiesto en mantener siempre alejado al Estado de sus ensayos y su firme voluntad de descentralización demostrada en el empeño de que sus asociaciones libres deberían contener entre 500 y 3.000 personas solamente.

Influenciado en mayor grado por Tomás Moro que por sus contemporáneos vemos a Etienne Cabet que logra convertir en realidad su utopía «Voyage en Icarie» (1840) y consigue, en 1848, que un buen grupo de entusiastas abandonen con el Francia para fundar «Icaria» en el centro mormón evacuado de Nauvoo, en Illinois.

La colonia llegó, en su momento de prosperidad, a alcanzar una población de 1.500 habitantes y con muchos reveses y hasta el cambio del nombre (pasó a llamarse Nueva Icaria después) logró perdurar hasta 1895.

La utopía de Cabet se convirtió en realidad a base de dejar jirones del programa inicial y el principio de comunidad total tuvo que dar paso a un arreglo en el que tuvo cabida la propiedad individual.

Aparece en esta época un utopista completamente convencido de los ideales anarquistas. José Dejaques quien publica en «El Libertaire» de New York, en el curso de los años 1858-1859 su propia utopía a la que llama «Humanisferio».

Dejaques es un obrero, un empapelador-decorador que las jornadas de 1848 en París lo sorprenden con 28 años y una inquietud que lo lleva a empuñar el fusil y a purgar su rebeldía en la cárcel durante un año. De allí sale revolucionario convencido y lo continuará siendo hasta el día de su muerte en 1867.

Su «Humanisferio» está compuesto de tres partes. La primera está dedicada al pasado en el que la piqueta demoledora de Dejaques se ensaña. Su segunda parte empieza así: «¿Qué es la utopía? Un sueño no realizado, pero no irrealizable. La Utopía de Galileo es ahora una verdad, ha triunfado a despecho de la sentencia de sus jueces: la tierra gira. La utopía de Cristóbal Colón se ha realizado a pesar de los clamores de sus detractores: un nuevo mundo, la América surgió a su conjuero, de las profundidades del Océano. ¿Qué fue Salomón de Caus? Un utopista, un loco, pero un loco que descubrió el vapor. ¿Y Fulton? También un utopista. Preguntad más bien a los académicos del

Instituto... Todas las ideas innovadoras fueron utopías en su nacimiento» (16).

Dejaques transporta lejos su «Humanisferio». Interpone un puente de mil años entre su gestación y su realización: Diez siglos han pasado sobre la frente de la Humanidad. Estamos en el año 2358... Todo lo actual es remoto, prehistórico. La misma civilización es arcaica: «La utopía anárquica es a la civilización lo que la civilización es al salvajismo.»

El mundo es ya perfecto casi. La armonía rige las acciones de los mortales bien que la imaginación de Dejaques, en lo que a la técnica respecta, se queda en pañales, lo que nada tiene de extraño cuando vemos lo rezagados que también quedaron Wells y Bellamy a pesar de sus condiciones científicas. Dejaques ve aún carruajes y caballerías, vehículos anacrónicos y edificios que la urbanística y la arquitectura actual ya han superado.

Empero, el valor social del «Humanisferio» reposa en las concepciones de tipo estructural y ético: «Entre los hijos de este nuevo mundo no hay divinidad ni papismo, ni realeza ni dioses, ni reyes ni sacerdotes. No quieren ser esclavos ni amos. Siendo libres no tienen otro culto que el de la libertad; de modo que la practican desde la infancia y la confiesan en todos los momentos y hasta en los últimos instantes de su vida. Su comunismo anárquico no tiene necesidad ni de biblias ni de códigos; cada uno de ellos lleva en sí su ley y su profeta, su corazón y su inteligencia. No hacen a otro lo que no quisieran lo que otro les hiciera. Queriendo el bien para ellos, hacen el bien para otros» (17).

«Allí, en esa sociedad anárquica, la familia y la propiedad legales son instituciones muertas, jergológicos de los que se ha perdido el sentido; una e indivisible es la familia, una e indivisible es la propiedad. En esta comunión fraternal, libre es el amor» (18).

«En el Humanisferio, nada de gobierno. Una organización atractiva ocupa el lugar de la legislación. La libertad soberanamente individual preside a todas las decisiones colectivas.» La autoridad es nociva. Es el suicidio individual: «Consultad vuestros recuerdos y veréis que la más grande ausencia de autoridad ha producido siempre la suma más grande de armonía.» «En el hombre es la enfermedad la que produce la obstrucción de

(16). — Joseph Dejacques. — «El Humanisferio». Página 62. — La Protesta, Buenos Aires. — 1927.

un conducto; en las multitudes es la policía y la fuerza armada; la enfermedad lleva entonces el nombre de autoridad. La anarquía es el estado de salud de las multitudes» (19).

Sin etiqueta socialista pero profundamente emocionado de la miseria que aqueja a la mayoría de los seres humanos, entra en palestra el húngaro Theodor Hertzka que nos ofrece en 1890 «Freiland, ein soziales zukunfts-bild» (Tierra libre, una imagen del futuro) y en 1893 «Reise nach Freiland» (Un viaje a Tierra Libre). El mismo nos dirá: «Evidentemente estos hombres no representan nada para mí, pero tienen hambre, frío y languidecen en la miseria y la humillación. El pensamiento que es mi deber correr en su ayuda no me deja tranquilo.»

Removió cielo y tierra para conseguir los fondos necesarios a la instalación de su «Tierra Libre» en el Africa, donde se halla el altiplano de Kenya, pero los obstáculos legales opuestos por diferentes gobiernos hicieron fracasar el proyecto y no se llevó nunca a la práctica.

Hertzka trazó un sistema completo también con leyes de avanzada social como podemos ver:

1. — Todo habitante tiene los mismos innegables derechos a la tierra comunal y al conjunto de los medios de producción.

2. — Las mujeres y los niños, los ancianos y los inválidos tienen derecho a ser mantenidos según el nivel de la riqueza general.

3. — Nadie puede verse obstaculizado en el ejercicio de su libre libertad individual, salvo que su acción no perjudique los intereses y los derechos de los demás.

El humanismo de Hertzka queda de manifiesto cuando pone en boca de uno de los protagonistas lo siguiente:

«Nunca he oído decir el que nadie haya cumplido su propio deber ni el que un hombre capaz haya eludido el trabajo. Para los que no quieren trabajar tenemos gran compasión y no los dejamos morir de hambre.»

Hugo Fedeli, en su «Un viaggio alle Isole Utopie» (1958) se refiere a Tierra Libre y dice que «La Utopía de Hertzka es quizás aquella que más que cualquier otra, basándose en la experiencia de la vida actual y los hombres tal cual son hoy en día, se aproxima a un ideal liberal-socialista.»

A pesar del desbroce que hemos efectuado a través de la literatura utopista escrita en el siglo XIX es obligado que algunos autores queden marginados, tales como Bulwer Lytton que escribió «The coming race» (1871), Samuel Butler, autor de «Erewhom» y «Erewhom revisited» (1872 y 1901 respectivamente) y, sobre todo, Edward Bellamy, que fue particularmente prolijo en su «Looking backward» (1888), vertido al castellano bajo el título de «En el año 2.000». Ha sido una omisión premeditada porque hemos considerado que el contenido de estas utopías descuidan aquella parte ético-social sobre la que hemos tratado de in-

sistir al querer demostrar que la mayoría de los visionarios de regímenes futuros tienden a eliminar la autoridad y la propiedad privada en beneficio de una mayor libertad, una estructura más equitativa de la sociedad y el máximo desarrollo de la solidaridad. El propio H. G. Wells, que publica sus obras a principios del siglo XX, «Anticipations» (1901), a «A modern Utopia» (1905), «New worlds for old» (1908), y muchos trabajos más, nos desconcierta por las veleidades que enmarca su carrera fantástica que desde «The time machine» (1895) hasta su última obra «Mind at the end of its tether» (1945) nos lleva del optimismo al pesimismo, pasando por el maquinismo, el fabianismo y la fe en lo trascendental, debido a lo cual tampoco hemos querido citarlo a pesar de reconocer la importancia y la solidez de su obra.

Al que no podemos marginar bajo ningún aspecto porque cierra con broche de oro la secuencia utopista del siglo XIX es a William Morris, quien escribió en 1890 su muy comentada obra «News from nowhere» (Noticias de ninguna parte).

Es la descripción de una utopía más que llega a nosotros a través del diálogo que sostiene el visitante que llega, desde nuestra sociedad, a la Tierra Prometida. Aquél pregunta: «¿Cuál es el milagro de esta sociedad que da libertad, bienestar y felicidad a todos sus miembros?», y los habitantes de «Ninguna Parte» van narrando las condiciones de vida que el pensamiento anarquista de Morris, sensible en extremo por su condición de artista y artesano en la vida común, va desdoblado.

Tres condiciones son necesarias para que el ser humano se sienta plenamente satisfecho: Una obra digna de ser realizada; una obra que guste a uno mismo, y una obra hecha en condiciones que no signifiquen un exceso de cansancio y de dolor. —A la vez, en una sociedad libre y organizada de acuerdo con los máximos deseos de felicidad, otras tres cosas deben poder hallarse en ella: Un trabajo que agrade y dignifique al ser humano; una vivienda sana y bella, y el tiempo necesario para el descanso del cuerpo y el espíritu.

En «Ninguna Parte» Morris establece la coacción moral como principio de conducta en lugar de la obligación material. Todos trabajan porque encuentran felicidad y bienestar en la actividad. La sociedad no tiene gobierno: «El gobierno —dirá Morris—, resultado necesario de la tiranía insaciable, sin límites en aquellos tiempos (los actuales) era el mecanismo de la tiranía. Ahora, ésta ha terminado y no es necesario tal mecanismo; no podemos utilizarlo puesto que somos libres. Por ello, en el sentido que se daba a la palabra, nosotros no tenemos gobierno» (20).

En las reuniones tratan de llegar a la unanimidad y si hay discrepancia, dentro de lo posible, dejan la discusión para otra asamblea y en el intervalo los hombres habrán intercambiado nuevas ideas que posibilitan la unanimidad en el próxi-

(17, 18 y 19). — J. Dejaques. Op. Cit. Págs. 77, 80 y 104.

(20). — William Morris. — «Noticias de Ninguna Parte». — Pág. 100. Buenos Aires, 1928.

mo comicio. En la segunda asamblea, caso de que quede una minoría discrepante casi siempre ésta conviene en sumarse a la voluntad mayoritaria pero, en caso contrario, se va a una tercera.

Morris no quiere colocar en « Ninguna Parte » una perfección absoluta y admite la presencia de la discrepancia y hasta el atropello. En tal caso, en lugar de estimar que existe un culpable se considera que hay un equivocado, un amigo que ha procedido mal: « En una sociedad en la que no hay que evitar castigos, vencer a las leyes, el remordimiento sigue a la infracción. »

Con Morris hemos llegado a la vuelta del siglo XIX. La técnica y la ciencia tomarán el siglo XX al asalto y rebasarán sorpresivamente las creaciones de todos los utopistas incluidas las subyugantes quimeras de Julio Verne.

En este siglo vendrán nuevos utopistas a tratar de dar continuidad a esta rama social literaria, pero el avance científico fuerza a retirarse resueltamente hacia el pasado este estilo.

La versión futurista del siglo XX tendrá giros menos alentadores y mucho más pesimistas que los vertidos por la rigidez de un Campanella. Aldous Huxley nos hará añorar un pasado de naturaleza, amor y humanismo al ofrecernos su « Brave New world » (Un mundo feliz), donde todo está cronometrado y dirigido, clasificado y previsto. La aparición de un salvaje en la obra hace el efecto para el lector, de un oasis inesperado y no por ello, menos deseado.

George Orwell nos llevará mucho más lejos en el terreno de la congoja en sus « 1984 » y « Animal Farm ».

Las visiones hacia el futuro se tornan aterradoras. Aquella ciencia que prometía ayudar al hombre al logro de la felicidad se vuelve cada vez más dominante y pasa de sirviente a tirano.

La humanidad teme al futuro y se refugia en los versos de Manrique:

« Cualquiera tiempo pasado fue mejor ».

CAPITULO III

Por hilvanar la trayectoria de la utopía hasta el máximo, prácticamente, hemos descuidado un tanto la cronología y toca ahora regresar al siglo XVIII para señalar a los que, con bastante objetividad, podemos considerar como los precursores del socialismo libertario y el anarquismo.

Sin duda que el precursor de renancia y de mayor solidez, al extremo que puede ya codearse con los teóricos del anarquismo, es William Godwin, mas sería injusto descuidar las aportaciones de un puñado de filósofos y revolucionarios que despuntaron en el siglo de la gran revolución francesa, y antes también, y que vislumbraron la posibilidad de un régimen social sin autoridad y sin Estado.

Sin remontarnos hasta Rabelais, a quien Eliseo Reclus lo proclama « notre grand ancêtre » (1), o los « levellers » (niveladores) a quienes el cromwe-

lismo llama « los guardias suizos del anarquismo » o también los « diggers » (cavadores) en los que despuntan Gerard Winstanley y William Everard, partidarios de la abolición de la autoridad y la propiedad y autor, el primero, de un célebre panfleto « The new law of righteousness » (1649) La nueva ley de la rectitud.

Igualmente, dedicando una cita a Etienne de la Boétie (1530-1563), quien en su obra « Discours de la servitude volontaire » (1570) se extiende sobre el gregarismo y su consecuencia directa, la tiranía : « El fuego de una chispa se extiende fortaleciéndose más y más, quemando la madera que encuentra; sin necesidad de tirarle agua para apagarlo, solamente evitando de poner más madera a su alcance, se consume a sí mismo, pierde la forma y deja de ser fuego. De igual modo ocurre con los tiranos, más actos de pillaje realizan, más exigen; más arruinan y destrozan, y más se les da, más se les sirve; más se fortifican, en mejor condición se encuentran para destrozar y aniquilar; y si no se les da nada, si no se les obedece, sin combatir, sin golpear, helos desnudos y deshechos y ya no san nada : así, la raíz que no tiene savia ni alimentos se vuelve una rama seca y muerta. Tomad la decisión de no servir y seréis libres ». « Los tiranos no tienen ventajas mayores que las nuestras, que aquéllas que nosotros les concedemos, más autoridad que aquélla que les conferimos y que redunde toda contra nosotros mismos y nuestro bienestar ». « Son los mismos pueblos los que se dejan, o mejor dicho, se hacen aplastar, ya que cesando de servir serían libres; es el pueblo que se mete en servidumbre, que se degüella, que pudiendo escoger entre ser esclavo y ser libre, rechaza la libertad y toma el yugo; que consiente su mal y lo busca ». « Para tener la libertad basta solamente deseársela; es suficiente un simple acto de voluntad ».

Esbozando el pensamiento del holandés Edmond Burke, que nos lega « Vindications of natural society » (1756) donde expresa la idea de que ningún gobierno, sea cual fuere, es mejor que otro.

Limitando la cita hasta donde el espacio lo tolera tan sólo, vemos que se proyecta una época en la que eclosiona en bastantes mentes geniales la idea de que el Estado no merece la aureola de la que se ha revestido. En Inglaterra John Bellers (1695) se pronuncia por un socialismo voluntario y el escocés Robert Wallace (1761) publica sus « Prospects » abogando por un federalismo descentralizador.

Es la época que hace exclamar a Thomas Paine en su « Common sense » (1776) « que en todos sus grados la sociedad es un bien pero que inclusive en el mejor de sus aspectos el gobierno era un mal necesario y en el peor de sus aspectos, un mal intolerable ».

En 1796 aparece en Oxford « The inherent evils of all State Government demonstrated » (Demostración de los males inherentes a todo Gobierno), un folleto que se atribuye a A. C. Cuddon y que, posteriormente el anarquismo individualista tratará con sumo cariño.

(1) Nuestro gran predecesor.

En el propio Japón, y sin trascendencia alguna hacia nosotros los occidentales, aparece en los primeros años del siglo XVIII el doctor Ando Shoeki, al que E. Herbert Norman dedica un extenso volumen (2). Ando Shoeki escribió, a mediados del siglo XVIII una obra que, originariamente y según el propio Norman, estaba compuesta de 100 volúmenes (kan) y 92 libros (satsu)... cada libro conteniendo alrededor de 50 hojas. El título, en japonés, era « Shizen shineido » (El camino de la naturaleza y el trabajo) y gran parte de él es anatemático contra el Estado y la religión. Para Ando Shoeki sólo hay una clase, entre las múltiples que integran el complicado sistema de los Tokugawas en el Japón, que está en el lugar que le corresponde y ésta es la productora : « En este mundo de leyes —señala Ando Shoeki— el dirigente vive a expensas de los nobles de la corte, los nobles viven a expensas del shogun, el shogun vive a expensas de los señores feudales, los señores feudales viven a expensas de los oficiales, los oficiales de los samurais, los samurais de los soldados, éstos en las bajas clases de los artesanos y los comerciantes y todos ellos sobre los últimos del escalafón : los sirvientes » (3). Más adelante encontramos : « Cuando hay pocos campesinos y muchos glotones, el mundo no puede sentirse seguro » (4).

Su piqueta demoledora no deja nada en pie. Arremete contra el confucismo y el budhismo, el taoísmo, el shintoísmo y ninguna religión merece su aprobación. El sistema feudal lo socava completamente y es irreconciliable con todas las clases parasitarias volcando todo su amor en el campesino, el único puntal del mundo para nuestro revolucionario.

Llega a imaginar su utopía, también, que la llama « Shizen-Sei » (El mundo de la Naturaleza) : « No se encuentra un hombre rico aquí ni otro pobre allí; tampoco se ven superiores ni inferiores; hombre y mujer viven una vida armoniosa de manera que son inocentes de relaciones inmorales entre otros hombres y mujeres...

« No hay gobernante explotando al gobernado. No hay lujo ni codicia. Desde el momento que no hay clases superiores tampoco las hay inferiores... No hay sacerdotes depravados para crear una leyenda fabricada de infierno y paraíso o para devorar los productos honestos de las masas populares. A nadie se decepciona por falsas bellas palabras de herejía egoísta. Y puesto que no hay enseñanza errónea de los sacerdotes pecadores, no hay truhanes, pedigueros, intocables, mendigos, sacerdotes vagabundos y otros parecidos que no cultiven la tierra y se dedican a devorar el producto de los demás » (5).

Ando Shoeki permaneció ignorado inclusive por sus propios compatriotas hasta que en 1899 el doc-

tor Kano Kokichi lo descubrió de nuevo. El propio movimiento anarquista de principios de siglo le dedicó una especial atención existiendo actualmente una edición resumida de la obra de Ando Shoeki conocida bajo el nombre de « Wasurerareta Shisoka » (El filósofo ignorado).

La desaparición del « Shizen Shineido » obligó a los hombres del anarquismo contemporáneo japonés a aferrarse sólo y exclusivamente en los teóricos occidentales tales como Kropotkin y Proudhon y el propio Godwin, ignorando la presencia de un teórico sólido y consistente que había nacido en su propio suelo, en Akita, con más de medio siglo de ventaja, sobre el propio Godwin, el verdadero precursor del anarquismo moderno en Occidente (6).

Volviendo a Europa cabe señalar la presencia de Jean Meslier y su « Testamento », que tanto impresionara a Voltaire. Meslier despunta antes que nadie en el siglo XVIII, ya que muere en 1729, cuando ya contaba 84 años de edad. Su testamento fue guardado e ignorado en vida del autor y sólo en 1735 es cuando a Voltaire se le comunica su existencia. En 1762 publicará un resumen y la obra de Meslier sólo será publicada íntegra una sola vez en Amsterdam y en 1864. Su edición constará de tres tomos y su verdadero título demostrará ser menos breve que el imaginado ya que dirá : « Memorias de los pensamientos y los sentimientos de Juan Meslier sobre una parte de los errores y los abusos de la conducta y el gobierno de los hombres, donde se ven las demostraciones claras y evidentes de la vanidad y la falsedad de todas las divinidades y de todas las religiones del mundo para ser dirigidas a sus feligreses después de su muerte y para servirles de testimonio de verdad a ellos y a todos sus semejantes. In testimonium illis et gentibus. Math. X, 18. »

El « Testamento » hará su camino y diferentes pasajes de Meslier pasarán a ser citados intermitentemente a partir del día en que Voltaire lo descubrió al mundo : « La religión y la política no deberían acomodarse juntas... Ellas se entienden como dos ladrones de bolsas. El gobierno político sostiene a la religión, por tonta y vana que ésta pueda ser... Es la fuente (la religión) de todos los males que abruma a los hombres y de todas las imposturas que los mantienen cautivos en el error y en la vanidad de las supersticiones como bajo las leyes tiránicas de los grandes de la tierra... »

Religión y gobierno van a la picota irremisiblemente. Meslier pone en boca de un hombre que tenía mucho sentido común el deseo de ver a todos los tiranos ahorcados con los intestinos de los curas, sentencia que reúne mayor gravedad cuando se tiene en cuenta que lo afirma el propio cura de Etrépigny. El origen divino de los reyes lo discute : « Las primeras monarquías eran una re-

(2) E. Herbert Norman. — «Ando Shoeki and the Anatomy of Japanese Feudalism», 340 págs. The Asiatic Society of Japan. Tokyo, 1949.

(3) Op. cit. pág. 78.

(4) Op. cit. pág. 79.

(5) Op. cit. págs. 222-224.

(6) Morichika Umpei, editor del periódico anarquista «Nihon Heimin Shimbun» (Periódico del Japonés Plebeyo), de Osaka, publicó en el número 16, correspondiente al 24 de enero de 1908, un artículo titulado «Un Anarquista de hace 150 años», en el que destacaba los conceptos libertarios de Ando Shoeki.

unión de bandidos, piratas y ladrones ». Igualmente los nobles que : « los primeros eran gentes sanguinarias, crueles, opresoras y parricidas .»

Su concepto de la sociedad lo tenemos en esta forma : « Los hombres deberían todos poseer en igualdad de condiciones y gozar en común de todos los bienes y de todas las riquezas de la tierra... Y para apretar más estos lazos de paz y de unión considero que las ciudades u otras comunidades vecinas deberían hacer alianzas entre ellas y que la buena fe se viera inviolablemente preservada, pudiendo ayudarse y socorrerse mutuamente en la necesidad, ya que sin ello el bienestar público no puede subsistir y en consecuencia la mayor parte de los hombres son miserables y desgraciados. »

Se descubre partidario ferviente de la acción directa y descarta completamente la necesidad del Estado : « Vuestra salvación está en vuestras manos. Vuestra liberación sólo depende de vosotros mismos, si es que sabéis entenderos entre todos... Uníos, pues, pueblos, si sois inteligentes; uníos, pues, si tenéis valor para liberaros de vuestras miserias comunes. Comenzad comunicándoos secretamente vuestros pensamientos y vuestros deseos. Propagad por todas partes y lo más hábilmente que se pueda los escritos parecidos al presente, por ejemplo, que hagan conocer a todo el mundo la vanidad de los errores y las supersticiones de la religión y que hacen por todas partes odiosos a los gobiernos tiránicos de los príncipes y los reyes de la tierra. Retened vosotros mismos, por vuestras propias manos, todas las riquezas y todos los bienes que hacéis posibles mediante el sudor de vuestros cuerpos. Retenedlos para vosotros mismos y vuestros semejantes. No déis nada a todos los soberbios e inútiles, a los gandules que nada hacen de útil en este mundo. »

Hasta Meslier, el que escudriña en el pensamiento revolucionario de los filósofos, no consigue sino dar un zigzag que va de la libertad a la autoridad y viceversa en cada uno de los pensadores estudiados. La rebeldía y la desobediencia que se yerguen contra la autoridad un día, caen inconscientemente en otra autoridad una vez ha sido derrocada la primera. La solidez libertaria no se ha formado suficientemente tal cual se concibe en la actualidad. Desde Meslier el progreso es manifiesto. Este rechaza decididamente el Estado y no cae de nuevo en el círculo vicioso de los que lo han precedido. Meslier condena al Estado definitivamente, todos los gobiernos y no solamente al-

gunos. Estamos frente a un pensador que va a la negación del Estado con todas sus consecuencias. Un auténtico predecesor del anarquismo, según Alain Sergent y Claude Harmel; un socialista con grandes tendencias anarquistas, según A. Hamon; la transición entre John Ball y Bakunin, según Andrés Lichtenberger.

Estamos ya en los umbrales de la Revolución Francesa y podemos citar de soslayo Restif de la Bretonne y, sobre todo, a Dom Deschamps, que nos lega un manuscrito en 1770, en el que opone la fuerza natural de las costumbres a la arbitrariedad de las leyes y donde afirma « que debemos atender nuestra dicha por la dicha de los demás, si queremos que los demás atiendan la suya por la nuestra ». A. Hamon lo considera un predecesor directo de Hegel y clasifica su ideal social de comunismo anárquico.

Con el gran advenimiento de 1789 surge poderoso e irresistible el sentimiento de llevar a la libertad hacia lo más avanzado posible. Los revolucionarios extremistas que consiguen escalar el poder se vuelven centristas por rebasarlos quienes se proyectan más lejos aún. Es así que aparecen « Les enragés » (Los rabiosos) quienes en su deseo de ver una revolución sin gobierno revolucionario y manifestándose fervientes partidarios de la acción directa abrazan abiertamente tácticas y finalidades anarquistas.

La toma del poder implicará el estancamiento de la fracción que lleve a cabo la empresa. La Gironda, la Montaña, la propia oposición representada por las figuras de proa de Babeuf y Herbert, partirá siempre del principio de que es necesario un gobierno que haga la revolución y la solidifique desde la cúspide. Sólo Marechal, redactor del « Manifiesto de los Iguales » tendrá sus dudas sobre la eficacia gubernamental y las habrá patentes en el manifiesto : « Disparaissez, enfin, révoltantes distinctions de riches, de pauvres, de grands et de petits, de maîtres et de valets, de gouvernants et de gouvernés » (7). El resto de los « Iguales » no pensará como Marechal y el propio Babeuf fue el primer sorprendido por este párrafo que clama por la desaparición de gobernantes y gobernados.

(7) Desapareced, en fin, sublevantes distinciones de ricos, de pobres, de grandes y de pequeños, de dueños y de lacayos, de gobernantes y de gobernados.

● Continuará ●

Bajo el signo de ESTUDIO Y RECREO

CENIT ofrece a sus lectores las obras siguientes:

MAS DE 100 TITULOS

«A caballo del Ande», Samblancat	0 80
«Adela y Matilde», D. R. S.	2 00
«Agente presidencial», Sinclair	8 40
«Ahora somos hermanos», Lania	5 60
«Alta-Tettahuen», Galdós	1 50
«Aladino y la lámpara maravillosa»	1 80
«Albores de libertad», Relgis	1 70
«Alejandro Korn», Romero	1 00
«Algunas consideraciones sobre literatura», Unamuno	2 20
«Ali Babá y los cuarenta ladrones»	1 80
«Alicia en el país de las maravillas»	1 80
«Al séptimo día», Barclay	1 50
«Altar mayor», Espina	2 80
«Amadeo», Galdós	1 50
«Amalia», Marmol	2 30
«Ama usted Bramhs?», Sagán	3 50
«Amor e ironía», Yutang	7 00
«Amor, pasión y aventura», Flynn	1 50
«Amor sin mañana», Montseny	0 25
«Ana Karenina», Tolstoi	2 30
«Anatomía de la paz», Reves	3 50
«Anselmo Lorenzo», Montseny	0 50
«Ante la bandera», Verne	1 00
«Antología de pensamientos», G. Prada	0 70
«Antología de prosistas españoles», Menéndez	3 80
«Antología libertaria»	1 50
«Antología poética», Storni	6 00
«Antología poética», Unamuno	2 80
«Años de juventud», Valdés	2 50
«Arte accesible», Alaiz	0 25
«Arte de escribir sin arte», Alaiz	0 25
«Arte, poesía y anarquismo», Read	1 50
«Aspectos de América», Vallina	2 00
«Astilla», Barroso	1 00
«A través del espejo», Carroll	2 00
«Autobiografía», Attlee	4 50
«Aventuras del Barón de Munchausen», Burger ..	8 00
«Aventuras de Tom», M. Twain	3 50
«Aversión y atracción en el matrimonio», De Velde ..	8 50
«Babbitt», Sinclair	8 00
«Bailén», Galdós	1 50
«Bajo la media luna», Hamsun	1 20
«Barba Azul»	1 50
«Bases», J. Alberdi	1 50
«Ben-Hur», Wallace	2 30
«Benjamín Franklin», Coowther	3 50
«Bestias, hombres y dioses», Ossendowski	2 50
«Biografía de Bakunin», Guillaume	0 80
«Blanca Nieves»	1 80
«Bodas Reales», Galdós	1 50
«Bolchevismo y anarquismo», Rocker	1 40

MAS DE 80 AUTORES

«Botánica experimental», Bruno	2 75
«Breve historia de Francia», Gerard	3 80
«Breve historia de la Anarquía», Nettlau	1 80
«Breve historia del Mundo», Wells	2 50
«Buenas rutas» (La salud mediante la botánica) ..	5 00
«Buridan», Zevaco	2 30
«Búsqueda en la noche», Esteve	3 00
«Cadena perpetua», Runyon	3 50
«Cádiz», Galdós	1 50
«Calvario», Castenuovo	2 50
«Camaradas errantes», Steinbeck	4 00
«Cañaveral junto al mar», J. Carmona	2 50
«Canción de gesta», Montseny	0 25
«Canovas», Galdós	1 50
«Capitalismo, Democracia y socialismo», Souchy ..	1 00
«Carmén», Merimée	1 50
«Carne y espíritu», De Meersch	5 00
«Carta a un joven poeta», Rilke	3 50
«Carta municipal acordada», Alaiz	0 50
«Cartas amorosas», Florangel	3 00
«Cartas a su hijo», Chesterfield	6 00
«Cartas de amor, arte y desconsuelo», Beethoven ..	1 50
«Cartas de la prisión», Toller	3 90
«Cartas de un corazón angustiado», A. Carlos	1 00
«Cartas sobre el existencialismo», J. Salas	6 50
«Cartas sobre regilón», Figola	1 00
«Carteles», González Pacheco	13 50
«Casa de muñeca», Ibsen	1 50
«Casanova», Zveig	1 50
«Catecismo del agricultor y del ganadero»,	0 50
«Ciencia y conciencia», Dantec	6 00
«Ciencia y filosofía», Tannery	2 50
«Ciencia y filosofía», Antología	6 00
«Cien días de la vida de una mujer», Montseny ..	1 40
«Cifra y Prueba», Alaiz	0 25
«Cirano de Bergerac», Rostand	1 50
«Cita con Venus», Tickell	3 50
«Civilización del trabajo y de la libertad», Charaviglio	6 30
«Comicios históricos de la CNT. Barcelona, 1918».	1 80
«Cómo educar a nuestros hijos», Pr. N.	0 50
«Cómo he curado la tuberculosis», Hevia	1 50
«Cómo se educa un carácter», Dr. T.	0 50
«Cómo se forma una inteligencia», Dr. T.	0 50
«Comunidad de los grandes espíritus», Nicolás ..	2 80
«Conciencia y conocimiento (Ant.)	6 00
«Conferencia Intercontinental 1947»	0 60
«Confesión de Claudio», Zola	2 75
«Conflictos entre la Religión y la Ciencia», Draper.	1 30
«Confusión de sentimientos», Zweig	1 50
«Congreso de constitución de la C. N. T.»	0 80
«Conocimiento y error», March	3 50
«Continencia y placer», Krujer	2 50

Pedidos a M. CELMA (S. L.) 4, Rue Belfort 2^{ème} - Toulouse (H.-G.)

Solidaridad con el pueblo español...

Por intrascendente que aparezca el reciente movimiento de huelgas registrado en España, el mundo entero puso los ojos sobre ese pueblo que ha osado manifestarse en gesto protestario. Nada de particular tendría si el régimen fuese otro. Cerca de 200.000 huelguistas no es nada al lado de más de millón y medio que en la misma época se declararon en Italia, por ejemplo, sin que casi nadie se hiciese eco de tales manifestaciones del pueblo laborioso italiano.

La importancia de las huelgas en España revisten cualidades y arrojo mayúsculo por el hecho de tener lugar en un país de imperio nazista.

CENIT quiere dejar testimonio gráfico de la solidaridad internacional hacia los obreros españoles. De ahí las cinco fotos que reproducimos.



EN FRANCIA

Los trabajadores parisinos manifestaron su solidaridad al grito de ABAJO LAS DICTADURAS, as, en plural, y VIVA LA HUELGA. Los trabajadores franceses no se dejan amilanar por el peligro que el fascismo hace pesar sobre su país y aún tienen energía para ponerse al lado del pueblo español que vive bajo el fascismo. A ver si por fin la solidaridad internacional que no supo hacer frente el año 36 sabe cumplir con su deber y saldar la deuda que tiene contraída con el pueblo español.



EN EL CANADA

También en Montreal el 12 de mayo un importante grupo de neo-canadienses, de origen española, manifestaron delante del consulado franquista. Demostraron con ello su solidaridad para con el pueblo español en huelga. El responsable de la Liga Democrática española en el Canadá ha declarado que el objeto de la manifestación era de alertar a la opinión pública canadiense hasta obtener toma de posición por parte de los obreros y de la intelectualidad a favor de la España mártir.



...los trabajadores del mundo manifiestan

EN BELGICA

En Bruselas las mismas manifestaciones y por los mismos motivos. Aquí una inmensa pancarta pide LIBERTAD PARA ESPAÑA, mientras que la bandera roja y negra de la C. N. T., primera y más genuina Organización sindical española, se iza en cabeza de los manifestantes. Reunió mucho personal de entre lo mejor del mundo del trabajo, del estudiantado y del profesorado. Después de recorrer el centro de Bruselas, colocaron un ramo de flores en la estatua de Francisco Ferrer, símbolo de la lucha anárquica y racionalista.



EN ALEMANIA

También en Frankfurt, en donde abundan los recientes emigrados españoles, las manifestaciones han sido muy concurridas. Las pancartas numerosas que han enarbolado son contundentes. Ello nos permite decir que, en efecto, el fascismo no ha castrado al pueblo español, no ha logrado sus propósitos. Ni aun poniendo en práctica la promesa de que «fusilaría hasta la quinta generación», conseguirá el hitler español acabar con la rebeldía de ese pueblo indomable.

Además de París, Montreal, Francfort, Bruselas, otras muchas ciudades han manifestado. Entre ellas: Perpiñán, Montpellier, Nîmes, Clermont-Ferrand, Carcasón, Dijón, Toulouse, Castelsarrasin, Tours, Saint-Etienne, Givors, Lieja, Zurich.



Ayuntamiento de Madrid